BIBLIOTECA DRAMATICA.

El guante y el abanico.

Comedia en tres actos, acomodada á la escena española, por D. Juan del Peral, representada en el teatro de la Cruz, en el mes de noviembre de 1846.

PERSONAGES.	ACTORES.
LIA, *Princesa soberana de.*	*Doña C. Flores.*
ARDO DE LIMBERG, *secretario particular.*	*D. J. Lombia.*
ONDE ENRIQUE. . .	*D. F. Lumbreras.*
ILDE, *jóven canonesa.*	*Doña C. Ruiz.*
OTA, *dama de honor.*	*Doña J. Noriega.*
ARON DE ANGLURE, *de Carlota y gentilhombre de la Princesa.*	*D. V. Caltañazor.*

gier de palacio.—Camaristas.—Cortesanos etc.

ACTO PRIMERO.

n elegante abierto en el foro por tres puertas vi- que dan á los jardines. Puertas laterales, mue- colgaduras de la época.

ESCENA PRIMERA.

CARLOTA, EL BARON.

AR. (*ale por el foro izquierda con un pliego en la*).) Otra peticion de casamiento!

AR. (*aliendo por la derecha.*) Ah! eso es insoportable... No puede aguantársela.

BAR. Qué ocurre pues, Carlota?

CAR. Sois vos, tio mio?

BAR. Veniais hablando sola... «Es insoportable... no puede aguantársela...» De quién se trata?

CAR. De la princesa Amelia.

BAR. Misericordia! Vuestra soberana; á quien vos y yo debemos tanto afecto?

CAR. (*bajando la voz.*) Oh, nadie me ha oido mas que vos. (*señalando al jardin.*) La princesa está alli, rodeada de sus damas, y todas la adulan... Ah!..

BAR. Muy bien hecho: eso es lo que debe hacerse en palacio.

CAR. Si, pero de algun tiempo á esta parte se ha vuelto tan exigente, tan severa...

BAR. Derecho tiene.

CAR. Y yo que estaba tan contenta de que al morir nuestro anciano monarca dejase el mando en manos de una muger.

BAR. Ya; sin duda creerias llegar á ser su primer ministro.

CAR. Nada de eso, pero si crei que la influencia...

BAR. La influencia deben entonces tenerla los hombres con mayor motivo; por razones que comprendereis algun dia.

CAR. Oh, ya las comprendo; pero no debieran tener valor con una canonesa, porque al cabo cuando su tio el Príncipe murió, la princesa Amelia era la superiora del convento de Remiremont.

BAR. Sin duda, de donde no esperaba salir para ceñirse la diadema y colocarse entre los demas soberanos de Alemania. Pero el hijo del Príncipe murió antes que su padre, y la corona le correspondia de derecho á la Princesa, olvidada en la soledad de un claustro. Era aun tan

jóven y tan bella! Todos recordaban su bondad angelical, y fué recibida por el principado con el mayor entusiasmo.

Car. En parte promovido de antemano por el gobierno.

Bar. Oh, siempre se ayuda algo; eso nunca daña. Por lo que á mi toca, no pude verla sin verter lágrimas... sin llorar como un niño...

Car. Oh! y yo tambien lloré... Con poco empeño me lo habiais encargado!.. Añadiendo: »que era preciso lo notase la Princesa;» pero como todos lloraban; la Princesa no reparó en nadie particularmente.

Bar. En eso está el mal, en que hay muchos intrigantes en nuestra corte; por eso deseaba yo ser el enviado á la abadia de Remiremont para llevarle á la canonesa la nueva feliz de la muerte de su tio. Asi me habria visto primero que á nadie... Oh, y el primer hombre á quien vé una canonesa, que no está acostumbrada á verlos, naturalmente debe producirla muy buen efecto... y mas si reune ciertas ventajas personales...

Car. Ya, pero todo el mundo quiso ir, porque todos se creen con mérito, segun vos... aunque no todos, como vos, le tienen.

Bar. Aduladorcilla!

Car. Y os pusisteis de acuerdo en enviar á Eduardo de Limberg, evitando de este modo la competencia.

Bar. Con ese no habia peligro. El secretario particular del Príncipe; un hombre salido de la nada, sin mérito personal, que todo le hace reir, y que tiene la misma ambicion que mi ayuda de cámara.

Car. Sin embargo, tratais de ganarle.

Bar. Podria muy bien serme util; pienso prometerle mi amistad, y...

Car. Tal vez estimaria él mas otra cosa: un casamiento con alguna dama de palacio.

Bar. Si rehusa servirme, le haré perder el destino.

Car. Mas la Princesa?..

Bar. Debe casarse asi que venga de Roma la ruptura de sus votos; todo el principado lo desea, los ministros se lo aconsejan..! Y yo creo que el matrimonio la convendrá infinito, y le será agradable.

Car. Eso nunca desagrada. Pero pensais?..

Bar. Silencio.—(*vá á cerciorarse de que no le oyen.*) Escucha, querida sobrina; á ti bien puedo decírtelo: yo tengo mérito personal... talento, y sobre todo mucha malicia!—Al momento penetré lo que el otro dia quiso darme á entender el director de la casa de moneda cuando me dijo: »Baron, teneis una cabeza que estaria muy bien esculpida en una pieza de oro, pues asi valdria mas.»—

Car. La cabeza?

Bar. No, la moneda. Añade á esto, que como Gentil-hombre de la Princesa, no me separo de ella.

Car. (Estará divertida.)

Bar. Con mucha sagacidad alejo á cuantos podrian tratar de competir conmigo, y quién sabe si al fin...

Car. Pues yo os ayudaré con tal de que contribuyais á apartar de su lado á tanta necia como la rodea... Una sobre todo... Matilde su protegida.

Bar. La que debe sucederle en la plaza de abadesa del convento?..

Car. Una banidosilla porque la dicen que es bonita... No puedo sufrirla. (*aparece en el foro la Princesa acompañada de Matilde y cuatro damas.*)

Bar. Silencio. La Princesa.

ESCENA II.

Dichos, Matilde, Amelia.

Un Ugier abre la puerta de par en par. Todo muy ceremonioso.)

Ame. (*en el foro despidiendo á las damas.*) Retiraos, señoras, y dejadme con mi querida Matilde.

Car. (*por lo bajo.*) Su querida Matilde... lo ois?

Bar. Silencio por Dios, sobrina.

Ame. Es preciso, Matilde: mañana partireis para el convento.

Mat. (*suspirando.*) Está bien, señora.

Ame. Baron de Anglure, dareis las órdenes oportunas.

Bar. Será obedecida V. A.

Car. (*Se vuelve al convento...* Cuanto me alegro!) Señorita Matilde... mi querida amiga... Mucho siento separarme de vos... Oh!.. pero estais de enhorabuena... Hay tanta diferencia de la corte á la tranquilidad del claustro!..

Ame. No mucha: lisonjas traidoras, amistade[s] falsas... envidias, disputas y chismes... Absolutamente viene á ser lo mismo.

Bar. (*riendo con familiaridad.*) Ah, ah, ah!.. E[s] verdad!.. es muy cierto! (*la Princesa le mira él varía de tono. Muy marcadas estas acciones m[u]das.*) Estos son los pliegos que iba á entreg[ar] á V. A. Hay uno del principe de Homb[urg] cuyos estados tienen sus limites en los [de] V. A. Es una peticion de casamiento.

Ame. Ya van diez con esa.

Mat. Diez!

Car. Asi hay donde escojer.

Bar. V. A. debe calcular que el interés de la[s] demas potencias...

Ame. Es antes que el mio?.. La afortunada al[-] deana de mis estados puede entregar su cora[-] zon al que le haya dado el suyo... Pero noso[-] tras, antes de dar cabida á ese tierno afec[-] to, debemos consultar el interés de la Eu[-] ropa. No obstante, es preciso que yo eli[ja] en cuanto llegue el breve de Roma, pues [y] no tendria pretesto plausible para retardarl[o]. Veamos; ayudadme á salir del apuro y acon[-] sejadme. (*Matilde acerca un sillon; la Prince[sa] se sienta.*) Qué opinais vos, Carlota?

Bar. (*por lo bajo á Carlota mientras que ella pa[sa] junto á la Princesa.*) Hum... hum... insinúa[le] algo... Echadle una indirecta.

Ame. No trateis de influir en su opinion... Qui[e]ro que los votos sean libres.

Bar. No, yo nada la he dicho.

Car. Oh, yo pienso... yo sola;—que no puede ju[z]garse á las personas sin tratarlas. En cuant[o á] mi, jamas he amado por noticias ni por cart[as]; me gusta ver de cerca...

Ame. (*sonriéndose.*) Luego habeis amado ya? [Pa]rece que hablais por esperiencia.

Bar. (*por lo bajo.*) Hablais demasiado... y de

disparates.

Car. Quiero decir que me gustaria no estar lejos del objeto de mi cariño... para tratarle y saber...

Bar. *(siempre bajo.)* No digais mas... ya basta.

Ame. Y vos, Matilde, que opinais?

Mat. Yo, señora, no tengo el conocimiento que la señorita Carlota.

Car. (Qué dice? Se mofa?)

Bar. Callad, sobrina.

Mat. Creo que una princesa debe por necesidad dejar algo á la casualidad, tratándose de un enlace diplomático. ¿De quién se ha de fiar para juzgar á un príncipe estrangero? De la pintura, que siempre embelleze al modelo? De los cortesanos que siempre le encuentran hermoso y le conceden talento? Pero aun queda el corazon, y este es el secreto que reserva á su esposa. Fuerza es dejar algo al azar, y confiar en la providencia que protejerá eternamente á V. A.

Ame. *(pensativa.)* Triste cosa es no poder disfrutar de la felicidad tomándola donde quiera que la halle.

Bar. (Creo que me ha echado una mirada.)

Ame. No es cierto, Baron?

Bar. *(pasando junto á la princesa.)* Sin duda, señora... y si se tiene al lado, entonces las espansiones del alma... porque amar... y verse amado... se siente mas y el corazon goza...

Ame. Sabeis que no os entiendo?

Bar. Digo... Que una Princesa puede... á falta de un desconocido, á quien dificilmente podria calificar, si halla á su lado mérito, talento, prestigio... Oh, eso se ha visto mil veces.

me. Continuad.

ar. No es comun; pero, en fin, se ha visto. Y si la opinion de V. A...

me. Como soberana no puedo tener opinion sobre este asunto: tengo un corazon que dar á quien opinen otros que debo entregarle.

ar. (Si me ocurriera alguna cosa buena que decir... pero es tan dificil..)

me. (¿Quién me amará por mi sola?)*(al Baron.)* Entregad esa nueva demanda á mi secretario Eduardo de Limberg.

r. No está en palacio, señora.

me. Es imposible... en palacio debe estar!.. yo no le he concedido permiso para que salga de él.

t. Es preciso llamarle.

r. Se ha ausentado... Oh, se ausenta frecuentemente.

. Sus razones tiene, segun he oido.

e. *(con viveza.)* Qué razones?.. os sonreis, Baron?

r. Señora. Hay cosas que V. A. debe ignorar.

e. Es que yo no quiero ignorar nada.

r. *(mirando al foro.)* Vuestro secretario privado.

(...tilde dice esto al verle aparecer, despues que el ugier ...rage de ceremonia, y con un gran collar al cuello, ... la puerta por donde ha de salir el secretario. El ugier ...te igual juego en casi todas las salidas de la comedia, y siempre en igual traje.)

ESCENA III.

...ilde, Amelia, Eduardo, el Baron, Carlota.

... *(con severidad.)* Acercaos. Os mandé llamar esta mañana... A dónde habeis ido?

Edu. Señora...

Ame. *(impaciente.)* En dónde estabais?

Edu. Creí que mi obligacion...

Ame. Vuestra obligacion es estar siempre cerca de nuestra persona... Tenia una órden que dictaros á favor del Baron.

Bar. Ah, Señora!..

Ame. Y sin duda por algun asunto insignificante..

Edu. Señora, me ausenté para ver á una persona que me esperaba.

Ame. A una... Fué muy mal hecho.

Adu. Un amigo á quien no habia visto desde la universidad.

Ame. Un amigo... Ah, eso es diferente... La amistad es cosa sagrada.—No es cierto, Baron?

Bar. Oh, si... tiene razon V. A... La fiel amistad... como dijo aquel...

Ame. Y ese amigo?..

Edu. Es algo ambicioso. Me ha pedido un favor que no está en mi mano concederle.

Ame. Cuál?

Edu. El de ser presentado á V. A.

Bar. Efectivamente es una audacia.

Ame. *(dirigiéndose hácia Carlota mientras saluda Eduardo á Matilde.)* Que perdono con gusto. Decidme, Carlota, exige la etiqueta palaciega que una dama se enfade porque deseen conocerla?

Car. Segun quien lo desee.

Ame. Sea quien quiera, lo confieso, lisonjea mi amor propio ese deseo; yo, aunque reina, soy muger, y me agrada verme lisongeada. *(el Baron hace un gesto de disgusto que no vé la princesa.)* La culpa es vuestra, Baron, que me habeis mimado tanto. *(á Eduardo.)* Me presentareis vuestro amigo.

Edu. Está en el parque, aguardando á que pase V. A.

Ame. Bien, seguidme, señor Baron... Matilde... (Matilde al pasar delante de Eduardo deja caer un guante. El Baron se inclina para cogerle.)

Bar. Vuestro guante.

Mat. *(sobresaltada dá un grito.)* Ah!

Edu. *(coje el guante.)* Permitid.

(Eduardo, Baron, Matilde, Amelia hácia el foro. Despues de este movimiento, Amelia baja al proscenio. Carlota sigue con la vista á Eduardo y Matilde, y va hácia el foro para ganar el estremo izquierdo delante del Baron.)

Bar. *(con énfasis.)* Señor de Limberg, me parece sobrado atrevimiento que al ir yo á coger el guante de la señorita...

Edu. De la señorita... Ah, yo creí que era el de S. A. y ese es un honor que no cederia á nadie.

Bar. Mi rango y mi empleo en la corte... me conceden privilegios.

Edu. Si S. A. me perdona el atrevimiento...

Ame. El atrevimiento de coger mi guante..? Oh, sin duda: Baron, en la corte es preciso andar mas listo.

Edu. *(despues de sacar del guante un billete que contiene, lo entrega al Baron.)* Puesto que el guante es de la señorita Matilde, respeto vuestros privilegios.

Mat. *(recibiendo el guante del Baron.)* Mil gracias, señor Baron.

Bar. *(bajo á Carlota.)* Es preciso ganarle á cualquier precio.

Car. *(id. á el Baron.)* Me parece que os ha de costar caro.

BAR. Oh, á mi...

CAR. Ah, si, para vos todo es facil... Me habia olvidado de eso. (*Enrique aparece en el foro. Eduardo le sale al encuentro y le presenta á la princesa.*)

ESCENA IV.

Los mismos, ENRIQUE.

EDU. Permitame V. A. que le presente al conde Enrique.

BAR. (Algun intrigante como él.)

AME. Seais bien venido á mi principado, señor Conde. Sois aleman?

ENR. Si señora: del Ducado de Homburgo.

AME. Vuestro príncipe estaba no ha mucho en Italia. Parece que es algo filósofo, y que le gusta viajar de incógnito.

BAR. Si, dicen que es un original... Pero de lo mas original... (*riendo.*)

(*la princesa lo mira y se queda muy serio de repente.*)

ENR. Se anuncia su pronto regreso.

AME. Si os echa de menos en su corte, ¿no sentirá que le priveis de uno de sus mas nobles súbditos?

ENR. He oido decir que los queria ceder todos á V. A.

AME. O quedarse con los mios?.. Eh?

ENR. Agradezco á V. A. el honor que me ha dispensado...

AME. Dad las gracias á vuestro amigo Eduardo de Limberg, pues yo me intereso mucho por aquellos á quienes él protege.

(Ella se aleja seguida de Matilde: el Conde la sigue algunos pasos. El Baron y Carlota que habian subido hácia el foro, vuelven ahora junto á Eduardo, el uno á la derecha y la otra á la izquierda)

BAR. (*por lo bajo.*) Señor de Limberg, es preciso que os hable á solas.

EDU. Cuando gusteis. (Qué fastidio!)

CAR. Y yo tambien. (*vanse.*)

EDU. Ah!.. prefiero mucho mas esto.

ESCENA V.

EDUARDO, ENRIQUE.

EDU. Qué significa ese tono tan misterioso del tio y la sobrina? Poco me importa... teniendo la carta de mi adorada Matilde... Diabólicas son las mugeres!.. Cuanto mas tímidas, mas resueltas se muestran despues de enamoradas. Que idea para darme la carta..! Si el baron anda mas listo, todo se descubre!

ENR. (*desde el foro siguiendo á la princesa con la vista.*) Qué hermosa es!.. Qué aire tan elegante!

EDU. Qué gracia!.. Qué candor!.. Y pensar que quieren volvela á la abadía!

ENR. A la princesa?

EDU. La princ... ah, perdonad, veo que no nos entendemos, pues á vos es la princesa quien os ocupa.

ENR. Mucho me habian hablado de ella, y me parece amable, bondadosa...

EDU. Lo es generalmente; pero de algun tiempo á esta parte veo en ella una mezcla de dulzura y rigor, que no puedo definir.. Se ha vuelto caprichosa... Qué quereis?.. Princesa y educada en un convento!.. razon doble para serlo.

ENR. Tiene gran franqueza con vos... su secretario privado.

EDU. Segun y conforme. Tan pronto se me muestra afectuosa, como me trata con cierto desvio y sequedad: á veces me llama muy de prisa, y luego no tiene nada que decirme. Yo soy el primero de esta corte que le fui presentado cuando le llevé en posta el testamento de su tio que la llamaba á sucederle en el poder. Que revolucion se armó en el convento! Echaron las campanas á vuelo... Las educandas saltaban y las madres se volvian locas de gozo... Debe pasarse muy buena vida en los conventos... de mugeres. Ello es que todas abrazaban á la princesa, y querian abrazarme á mi tambien.

ENR. Y vos os dejábais?..

EDU. Si, de las jóvenes me dejaba abrazar... Cuando llegaban las viejas me hacia el distraido. Todas esperaban ser damas de honor, y salir de aquellas cuatro paredes; pero la Princesa solo trajo las mas amigas suyas... y entre ellas á Matilde... La que habeis visto ahora á su lado.

ENR. (*sonriendo maliciosamente.*) Y á esta, la abrazásteis tambien?

EDU. (*muy serio.*) Ay si, amigo! A esa dos veces... Y haria cualquier sacrificio por abrazarla la tercera; pero en este punto es inexorable la Princesa... Quiere que las damas de su corte sean modelos de juicio y de virtud. (*Enrique ha subido hácia el foro y mira distraido á los jardines.*) Pero vos no me escuchais, y yo habla que te habla.

ENR. (*bajando hácia la izquierda.*) No... no... sin que...

EDU. Habreis venido á este palacio con el designio de agradar á alguna?..

ENR. Qué idea!

EDU. Nada tendria de particular, siendo vos tan enamorado. Recuerdo que en la Universidad de Jena cortejábais á todas las muchachas bonitas de aquel barrio.

ENR. Tambien yo recuerdo que vos me las disputábais.

EDU. Oh, yo no era conde... Sin embargo, en la universidad, todos los estudiantes son iguales y mas á los ojos del bello sexo. Al amor le pintan desnudo, y asi no puede conocerse si es noble por el trage.

ENR. Bastaba ser jóvenes... y ambos lo éramos.

EDU. Buenos mozos... y ambos lo somos.

ENR. Modestos...

EDU. Y ambos lo seremos... Mas tarde. Pero hablemos francamente. ¿Amais aqui á alguna?

ENR. No, os lo aseguro.

EDU. Si tal:.. Oh, yo no seré vuestro rival. Todas os las dejo... escepto una.

ENR. (*riéndose.*) La Princesa? Ni se dignaria reparar en mi.

EDU. Por qué? Una Princesa tiene ojos como las demas mugeres, y cuando un hombre tiene mérito y unos modales distinguidos como los vuestros!.. Cuando esa Princesa posee un corazon sensible al que no ha podido dar espansion entre las paredes del claustro... Cuanta felicidad atrasada le resta todavia!.. (*sonriéndose.*) Pero estas son cuestiones en que

quiero mezclarme, porque se rozan con la politica. Oh! si yo hubiera deseado variar de posicion y de fortuna!.. Sin ir mas lejos, ahi teneis al principe de Homburgo, que viaja de incógnito por Italia; el cual me ha hecho las mas brillantes proposiciones por medio de su Embajador, para que yo favoreciese su proyecto de enlace con nuestra soberana. Titulos, bienes... qué se yo! Parece que el Principe estudió con nosotros en la Universidad. Os acordais vos de él?.. Principe de Homburgo... Hay hombres que predisponen en contra, y yo creo que ese Alteza ha de ser estremadamente ridiculo.

ENR. (*riendo.*) No hago memoria... Y os habeis negado?...

EDU. Absolutamente. No quiero favorecer mas amores que los vuestros, si amais á una dama de nuestra corte. Oh, vos debeis ser lo que ellas llaman *un buen partido.*

ENR. Regular.

EDU. Esa ventaja tenemos los particulares: podemos estudiar el carácter de la muger que amamos.

ENR. Ciertamente.

EDU. Los Principes son unos ignorantes, y no piensan en eso.

ENR. Teneis razon.

EDU. Cuando hayais elegido y conquistado un corazon...

ENR. Conquistar un corazon... Me será posible?.. No os parezco ridiculo y apocado?

EDU. Ridiculo? Nada de eso. Animo pues, no hay que desmayar. Mirad, aqui tenemos corazones de dos clases para elegir: 1.° Corazones de la antigua corte; ésos son muy blandos, y es preciso ser muy desgraciado para no interesarlos: oh, los tengo muy bien estudiados: 2.° Corazones de convento; estos son mas dificiles... pero en fin, tambien se conquistan; yo os hablo por esperiencia, y Matilde...

ENR. Se llama Matilde la que amais?

EDU. Que bonito nombre, ¿no es verdad? Es la primera que quiero de ese nombre... Es un angel... La he entregado mi corazon... ha recibido mis juramentos. Ya lo sabeis; esa es la única que os prohibo.

ENR. Pero os ama?

EDU. Si; mas como es canonesa, debe volver al convento. La Princesa es tan rigida que no la permite apartarse un instante de su lado. Ya considerais que eso no es muy cómodo para los enamorados. Afortunadamente los despachos que espera de Roma la Princesa, y que han de anular sus votos, anularán al mismo tiempo los de Matilde, asi lo espero; porque cuando cerré la demanda, introduje furtivamente la peticion de Matilde, y una vez que vengan las bulas, perdonará nuestra soberana: ya, ¿qué ha de hacer?

ENR. (*con aturdimiento.*) Amigo mio, deseo pagar el servicio que me ofreceis; ¿si quereis que escriba á Roma para apresurar vuestra dicha?

EDU. (*le mira sonriéndose.*) Vos escribir al Papa?

ENR. (*conteniéndose.*) No... pero tengo en la corte de Roma algunos amigos... A Dios, os dejo: he oido alabar los jardines de palacio, y quiero recorrerlos.

EDU. Os comprendo. Pensais ver alguna flor que cultivar?.. Id enhorabuena; pero echad á la derecha; sino os esponeis á encontraros con la Princesa.

ENR. (*pasa à la derecha.*) Gracias por el aviso.

EDU. Si teneis algun encuentro afortunado, que me lo digais.

ENR. Cabal; nos contaremos nuestras conquistas, participándonos igualmente nuestras esperanzas. (*dispuesto á irse.*)

EDU. Como en la Universidad.

ENR. No, porque en la Universidad me las quitábais todas. (*se saludan con la mano, y Enrique se va por la derecha; pero cuando Eduardo se vuelve de espaldas, atraviesa el foro para irse por la izquierda.*)

ESCENA VI.

EDUARDO, *solo.*

Ah, ah, ah! Pobre Conde! Bueno fuera que aqui... Mas pensemos en mi amada Matilde, y leamos su carta ahora, que me han dejado solo. (*mirando al rededor.*) Si... solo estoy. (*siéntase á la derecha y lee.*) »La Princesa se incomoda contra vos frecuentemente, y estais pronto á caer en desgracia.» Diablo! »Es preciso que yo os hable esta noche á solas.» Angel mio! No deseo otra cosa! «Tengo mil cosas que deciros.» Y yo mil y quinientas. »Pero, ¿cómo ponernos de acuerdo acerca del sitio y la hora?.. Solo podemos hablarnos delante de la princesa.—»Y alli como no sea con los ojos... Se economizan los pulmones, pero se corre el riesgo de no entenderse. »Convengamos signos que ella no pueda adivinar: cuantas palabras diga yo al abrir mi abanico, os irán dirigidas, y las que vos digais jugueteando con vuestro guante, las comprenderé yo sola.» (*levantándose.*) Magnifica idea!.. Lo que aprende una muger en un convento! Vendrá á ser una especie de telégrafo amoroso. Conque el guante y el abanico.... ah, ah, ah!.... A ver, ensayemos esta pantomima.— La Princesa está aqui en medio de nosotros, y Matilde dice: ¡Ay Princesa!—Aire con el abanico.—Yo no soy feliz sino cuando estoy á vuestro lado.» Y yo contesto agitando el guante:—«Participo de vuestros mismos sentimientos, señorita.—Y quieto. »Como igualmente cuantos rodean á S. A.—Cuanto os amo, Princesa!—El abanico.—Mi vida os pertenece, señora!—El guante.—Mi afecto!—Abanico.—Mi gratitud!—Guante.—Mi dicha!—Abanico.—Mi felicidad!—Guante. Abanico, Guante, Guante, Abanico. Ah, ah, ah!.. Deliciosa ocurrencia! Ah, ah, ah! Medio famoso que podria servir hasta delante de un marido!.. Y que ninguno de la universidad lo hubiera pensado. Estas cosas solo las mugeres!.. (*besando la carta.*) Vida mia!.. Ah! qué divina!

ESCENA VII.

CARLOTA, *que al principio se queda en el fondo.* EDUARDO, EL BARON.

BAR. Con que fuego besais esa carta, señor de Limberg!

EDU. (*sin ver a Carlota.*) Es carta de amor, Baron.

BAR. Hola, estais enamorado?

EDU. (*jovialmente.*) Si; á fé mia es cosa permitida á todo el mundo, y no entra en vuestros privilegios.

BAR. Quién es ella?.. Alguna jóven de la clase media?

EDU. Callad por Dios!.. No me incomodaria yo por tan poco.

BAR. Alguna dama de la corte?

EDU. La mas hechicera de todas.

CAR. (*adelantándose por el lado opuesto.*) Lisonja negativa para las demas.

EDU. Perdonad, señorita... yo no he nombrado á nadie.

CAR. Asi las comprometeis á todas.

EDU. Os creeis vos comprometida?

BAR. Muchas veces se ama sin ser correspondido.

EDU. Tal vez seria esa vuestra costumbre, pero la mia es enteramente distinta.

BAR. Ya caigo... Os ausentais con frecuencia, teneis citas amorosas.

EDU. (*con aturdimiento mostrando la carta.*) He aqui una.

CAR. Para esta noche?

EDU. (*id.*) Es posible?

BAR. Esta noche?

EDU. (*conteniéndose.*) Esta noche... Canario...

BAR. No hay ningun mal en ello. Hablais delante de un amigo.

CAR. Es decir... de dos amigos.

EDU. (*con desconfianza.*) Cuento con eso.

BAR. De vos solo depende que os demos pruebas de tales.

EDU. Qué he de hacer para conseguirlo, señor Baron?

BAR. Poneros de acuerdo conmigo.

EDU. (*con galanteria.*) Mas quisiera que fuese con esta señorita.

CAR. (*haciendo dengues.*) Eso no impide...

BAR. Porque es preciso que me ayudeis á desbaratar todas las pretensiones matrimoniales de los Príncipes estrangeros,

EDU. Para favorecer á quién?

BAR. (*sonriendo.*) Hé... hé... hé...

CAR. Al rededor de S. A. hay personas cuya sangre...

EDU. Ah! ya creo adivinar... Señores de elevada gerarquía...

BAR. Que son de la misma madera de que se hacen los soberanos.

EDU. (Si, cuando los soberanos se hacen de madera.)

BAR. Yo á nadie nombro. Vos estais en posicion por vuestro empleo, que os autoriza á aconsejar á S. A...

EDU. Para favorecer vuestros proyectos.

CAR. Pensad que va en ello vuestra fortuna.

CAR. No se repararia en la recompensa.

EDU. (*mirándola.*) Cómo lo entendeis vos?

BAR. Pedidla.

EDU. (*á Carlota.*) Tal vez seré demasiado exigente...

CAR. Señor de Limberg... (Es galan y bien dispuesto.)

BAR. (*señalando á Carlota.*) Ya la veis?.. Soltera lo mismo que yo.

EDU. Si, eh?..

BAR. Veo que nos comprendemos perfectamente. Sed franco, pues se trata de la paz ó de la guerra.

EDU. Pero os chanceais, ó va de veras?

BAR. Yo nunca me chanceo.

CAR. Es un complot.

EDU. Es una intriga para tratar de que el señor Baron ascienda al poder, y segun su ambicion...

BAR. Pues bien, si; y tengo probabilidad, y la Princesa lo desea.

CAR. No hay duda.

EDU. Lo creeis asi?

BAR. Y tengo numerosos amigos...

CAR. A los cuales podiais uniros...

BAR. Con que os decidis?

EDU. Si.

BAR. Pero á qué?

EDU. A deciros que no conteis conmigo para nada.

BAR. Señor de Limberg, mirad lo que haceis!

CAR. Reparad que vais á perderos.

EDU. Quizá, señorita; pero tened entendido que yo no conspiro jamás sino por mi cuenta y riesgo.

BAR. Vuestra ligereza es grande para luchar con un hombre de mi peso.

EDU. Los palacios son como los rios... Y cuando los hombres de peso suelen irse á fondo, los otros sobrenadan siempre por su misma ligereza.

BAR. (*furioso.*) Me declarais la guerra?.. (*con desden!*) El secretario?

EDU. (*riéndose.*) No, pero me defenderé si me presentais la batalla.

CAR. (*van á irse.*) Ha sido una audacia.

EDU. (*con galanteria.*) Haceis mal en enfadaros.. Aunque no por irritada estais menos bonita. (*vanse Carlota y el Baron por el fondo.*)

ESCENA VIII.

AMELIA, EDUARDO.

AME. (*saliendo por la izquierda y viendo alejarse a Baron.*) Qué furioso se aleja el Baron..! Cuá ha sido la causa?

EDU. Hablábamos del casamiento de V. A.

AME. Y lo ha tomado con tanto calor..? Ya se vé no se habla de otra cosa: todos me instan que me decida.

LDU. Todo el mundo lo suplica á V. A.

AME. Quisiera que un amigo me hablara co franqueza, y aconsejándome .. pero yo no ter go un amigo, aunque me sobran aduladore

EDU. Ah! señora...

AME. Perdonadme, Limberg... sé que sois una e cepcion, y que os debo afecto... Quiero cree lo asi.

EDU. Podria V. A. dudar de mi adhesion?..

AME. Estoy segura de ella... Acabo de saber c sas de vos que me han conmovido.

EDU. Mias!

AME. Por vuestro amigo, ese jóven estranger que os quiere con estremo. Mas veamos; pue to que sois mi secretario particular, mi con dente, quiero oir vuestra opinion acerca mi boda.

EDU. Yo creo que solo debe V. A. escuchar l sentimientos de su corazon.

EME. Soy soberana, y ni eso me es licito. Si p

acaso amase yo á uno de mi corte...

Edu. (Dios eterno... Si será verdad lo que ha dicho el baron...? Parece increible.)

Ame. En qué pensais?

Edu. Pienso que afortunadamente hace poco que V. A. dejó el convento, que la separaba del mundo, y su corazon ha de estar libre.

Ame. Sin duda... Segun eso, vos no creis en esa pasion que se dice hija del momento, porque nace en un instante producida por un rayo de simpatía.

Du. Yo creo en el amor, señora.

Me. Ah! Mi consejo de ministros se empeña en que he de escoger uno de los príncipes que me proponen... Lo mismo que me presentan una lista para elegir empleados. Príncipes, á quienes ni conozco ni he visto siquiera.

Du. Así lo exije el interés del Estado.

Me. (*agitada.*) Y mi felicidad...? Ah, vos sois como los otros... Qué os importa mi felicidad..!

Du. Daria mi vida por asegurarla.

Me. (*le escucha gozosa.*) Si hubiera en mi córte un corazon que comprendiese el mio...

. (Cierto es... no hay que dudarlo.) Y podria igualar su cuna...?

E. Poco importa su nacimiento: mi mano ennoblece, y al dársela le ensalzaria.

. Quién seria tan osado que alzase la vista hasta V. A.? Que confesára...

E. Hay tantos ambiciosos..! Bien lo sabeis, aun cuando vos no lo sois... No obstante, mi tio al legaros á mí, me recomendó vuestra fortuna, y pienso en ella incesantemente. Os queria mucho.

. Si señora. Mi padre murió por salvarle la vida, y mi madre de la pesadumbre. Yo quedé huérfano, y el bondadoso príncipe pensó siempre en mi felicidad.

. Yo, como su heredera, acabaré la obra que ha empezado.

. Qué mas beneficios que dispensarme V. A. confianza?

. No basta... Sois noble, teneis talento, y... pero... (*conteniéndose.*) De qué hablábamos...?

. Del enlace de V. A.

. Pensais que si eligiese en mis estados...

. V. A. es libre, y nadie se atreveria á murmurar.

. Esas son evasivas. Quisiera vuestro parecer claro y terminante.

. Ahora recuerdo que el señor baron...

. Qué?

. Me hablaba de lo mismo.

. (*cortada.*) Y ha nombrado á alguien?

. Tal vez seré indiscreto...

. No... hablad... lo exijo.

. Se ha designado él mismo.

. (*sorprendida.*) El baron...!

. Se cree correspondido...

. (*riéndose mas.*) Ah, ah, ah... Pobre baron... lástima fuera, al cabo de sus años, morir en una casa de locos.

. (*alegremente.*) Bien decia yo que era imposible..!

. Ah, ah, ah... Cosa mas graciosa no cabe.

. (*á carcajadas.*) Ah, ah, ah... Sin embargo, para chochear todavia no es tan viejo. (*Los dos rien á carcajadas.*)

ESCENA IX.

Dichos, Matilde, *el* Baron.

Bar. Señora... (*viendo á Eduardo.*) (El aqui!) (*á la princesa.*) Venia...

Ame. (*conteniéndose.*) Llegais á buen tiempo, pues hablábamos de vos.

Bar. De mí?

Edu. Sí, cabalmente, señor baron.

Ame. Mas á propósito...! Ah, ah, ah...

(*Eduardo no puede contenerse mas, y empieza á reirse de nuevo.*)

Bar. Llego á propósito... Ah, ah, ah. Es original...! Ah, ah, ah... (*riéndose tambien.*) De qué se reirá?

Ame. Teneis ideas... originales.

Bar. Algunas veces.

Edu. El señor baron es un político profundo.

Ame. (*viendo llegar á Matilde por la puerta lateral de la izquierda con un retrato en la mano.*) Qué traeis ahí, Matilde?

Mat. El retrato de V. A. que el diamantista de la córte acaba de entregarme.

Edu. Obra de ese pintor, por quien todas las damas de palacio se han hecho retratar... despues de V. A.

Bar. Dichoso pintor... el que copia ángeles.

Ame. (*burlándose.*) El baron siempre galante.

Bar. (*con fatuidad.*) Me envanezco de serlo.

Ame. (*tomando el retrato.*) Dámele! Cuánto tiempo ha tardado en concluirlo!

Mat. (*abanicándose.*) El tiempo que podia tardar en dos... y como yo no me separo de V. A. (*abanicándose con mas fuerza.*) pudiera muy bien haber hecho el mio, comprendeis? (*con impaciencia é interés.*)

Edu. (*distraido.*) Qué es lo que signifi... (Ah!... ya caigo... el abanico... Ya tenemos en juego el abanico.)

Bar. Dos retratos á la vez... Eso seria imposible.

Mat. (*abanicándose.*) Ciertamente.

Edu. (*agitando el guante en forma de molinete y cortado.*) De desear hubiera sido... ademas... de este modo... dos personas dichosas... y despues...

Bar. Justo... cabal... Ello no os esplicais muy claro, pero en fin, debe ser eso.

Edu. (Estoy muy torpe... hasta que adquiera la costumbre... (*pasa entre la princesa y Matilde.*)

Mat. Está sumamente parecido.

Bar. (*sin mirar el retrato.*) Oh, pero es mucho mejor V. A.

Ame. (*presentándole el retrato á Eduardo.*) Qué os parece, á vos que os picais de poeta y artista?

Edu. V. A. está hablando, como decirse suele... ese aire de bondad, esas dulces miradas...

(El Baron está componiéndose la corbata, y la Princesa enseñando su retrato; Matilde le pone el suyo en la mano á Eduardo con el mayor disimulo.)

Ah..!

Ame. Qué teneis?

Edu. Nada; la sorpresa... porque ahora comprendo el motivo de que el retratista haya tardado. (*variando de tono.*) Para asegurar la perfecta semejanza. (*molinete con el guante.*) Dichosa la persona á quien está destinado!

Mat. (*abanicándose.*) La copia es un consuelo,

teniendo certeza de que el original...

Bar. Eso mismo iba yo á decir... »dichosa la persona.» (Ese diablo de secretario siempre hace y dice antes lo que uno se propone.)

Ame. Le destino á aquel á quien mi corazon pertenece. (*el Baron da un paso hácia la Princesa, y esta al verle suelta la carcajada.*) Oh no... á vos no... todavia...

Ame. (*pasando junto á Matilde, y dándole el retrato.*) Tomad y llevadle al convento donde tan felices años he pasado.

Bar. No sois aqui tan querida como en el convento?

Edu. Si... (*molinete con el guante.*) Amada, aun mas amada que en el convento. (Pues señor, esto marcha.)

Ame. De veras, Limberg?

Mat. El convento.. (*abanicándose.*) Si fuera preciso volver allá.

Edu. (*molinete con el guante.*) Jamás... Aunque fuera á costa de mi vida.

Ame. Oh! no es necesario tal sacrificio. (*sonriéndo.*) No volveré allá; ¿para qué? Mañana debe llegar el breve de Roma que rompe mis votos.

Bar. (*gozoso.*) Ah! ya pronto... (*Amelia se sonrie, el Baron se arregla puños y chorreras.*)

Edu. (*molinete con el guante.*) Mañana podrá publicarse.

Ame. Asi lo espero. Id á avisar á los ministros para esta noche.

Edu. (*saluda, da dos pasos y guante.*) La hora de la cita...: quiero decir, la hora á que he de citar al consejo?

Mat. (*abanico.*) Ya se sabe, la de costumbre.

Bar. (*riéndose.*) El bueno de Limberg solo sueña citas y aventuras.

Ame. Qué decis?

Edu. La hora á que V. A. quiere recibir á SS. EE.

Ame. A las nueve.

Mat. Ya lo ois... (*abanico.*) A las nueve.

Edu. (*guante.*) A las nueve.

Bar. La hora de costumbre.

Edu. (*guante.*) El sitio?

Ame. Claro es... en mi despacho.

Mat. Encerrarse haciendo tan buen tiempo!.. (*abanico.*) Teniendo tan hermosos jardines.

Edu. En el bosquecillo... (*guante.*) Junto al pabellon de Apolo.

Bar. (*riéndose.*) Famoso sitio para tratar de asuntos del Estado... asi podria Apolo asistir al consejo de ministros.

Ame. Sin duda seria eso mas agradable; pero una Princesa debe acostumbrarse al fastidio. Marchad, Limberg, y estad dispuesto á recibir mis órdenes.

Edu. Voy á obedecer. V. A. puede... (*guante.*) contar con mi exactitud. (*al irse encuentra á Carlota que llega por el foro, izquierda.*)

Car. (*riéndose.*) Os marchais?.. Sin duda vais ya á la cita, eh?..

ESCENA X.

Matilde, Carlota, Amelia, el Baron.

Ame. (*vivamente.*) Otra vez... Qué cita es? Qué quereis decir?

Car. Señora, es un secreto.

Ame. Un secreto entre vos y Limberg!

Bar. Y yo, señora, y otra persona.

Mat. (Cielos!)

Bar. Es un secreto... á voces... Mas callado estará entre todos.

Ame. (*sonriendo y con interés.*) Si todo el mund le sabe, no es razon que yo le ignore. Escita...

Car. Yo no sé si puedo...

Bar. Tal vez comprometerá...

Ame. A quién?

Car. A una de las damas de palacio. (*Matilde de muestra turbacion.*)

Ame. No importa... hablad..: yo os lo mando.

Bar. Obedeced, Carlota.

Car. Es que... hace un momento hemos sorprendido mi tio y yo al señor de Limberg besan una carta con el mayor transporte.

Bar. Un billete amoroso.

Ame. Ah! era un billete amoroso?

Car. Solamente esas cartas se besan.

Mat. (*procurando aparentar serenidad.*) La hab leido?..

Bar. No, pero el mismo Limberg nos lo ha conf sado todo.

Ame. ¿Qué os ha dicho?

Car. Que era amado.

Ame. (*con intencion, pero aparentando indiferc cia.*) Ha nombrado la persona?...

Bar. Es una dama de la corte de V. A.

Ame. Una intriga de amores en mi palacio... O ese es un escándalo que no sufriré nunc Señor Baron, decidla á quien sea, que se a de estos sitios, y que no vuelva jamás á nue presencia.

Mat. (Dios mio.)

Car. Permita V. A...

Ame. Vais á defenderla vos?

Car. Oh! no... Dios me libre.

Bar. Ignoro quien... pues no nos dijo su nom

Mat. Tal vez será por embromaros.

Bar. No es posible... y la prueba es la cita.

Ame. Es verdad... la cita: al entrarse lo ha dicho.

Car. Hoy ha de verla.

Bar. Esta misma noche.

Ame. ¿En qué sitio?... A qué hora?

Bar. Tambien lo ignoro.

Mat. (*sonriendo y ocultando su rabia.*) Pues si do lo ignorais, sois un ignorante.

Car. A menos que no sea en el sitio donde el ñor de Limberg pasa de noche las horas V. A. le deja en libertad encerrándose cor ministros.

Ame. Conque vá á las nueve...

Bar. Al bosquecillo... junto al pabellon de A

Ame. En mis jardines? Que audacia: llamad momento.

Bar. Siento en el alma que...

Ame. (*impaciente.*) Eh, decidle que venga... chad. (*vase el Baron.*)

Car. El interés que V. A. toma en este as me hace sentir...

Ame. El interés de la dignidad de mi corte jadme.

Car. Le destierra... Magnífico. (*reuniéndose tio á la puerta.*)

Bar. Consegui mi triunfo. (*vanse Carlota y e ron.*)

ESCENA XI.

AMELIA, MATILDE.

ME. (*á Matilde.*) Quedaos vos.
AT. (No poder avisarle!)
ME. Yo que le mostré una ciega confianza.
AT. Jamás vi á V. A. tan irritada.
ME. Irritada... No... Estoy tranquila... Pero no debo consentir un escándalo semejante á mi vista... y tambien á la vuestra.
AT. Ese pobre joven...
ME. (*interrumpiéndola vivamente.*) Intercedereis por él cuando me engaña? Yo no sé lo que siento... Oh! es una infamia.
AT. No es libre para amar?
IE. A quién?.. yo quiero conocerla.
AT. Si él se obstina en no nombrarla...
IE. Caerá en mi desgracia y saldrá desterrado.
AT. Porque obrando caballerosamente prefiera perderse á comprometer á la que...
IE. (*cavilosa.*) A la que le tiene citado?
T. Con una sola palabra puede V. A. impedir a cita.
E. Al contrario... quiero que ella vaya, y sorprenderla yo misma. Vos me acompañareis solamente. Quien faltará será él.

ESCENA XII.

EDUARDO, AMELIA, MATILDE.

. Me han dicho que me llama V. A.
. (*agitada.*) Es verdad, deseo hablaros.
. (*abanicándose.*) La han revelado á S. A...
. (*cogiendo á Matilde por la muñeca para que guarde silencio.*) Se trata de una mision importante que exige vuestra ausencia... Por veinte y cuatro horas... Una mision cerca del príncipe de Homburgo. Disponeos á partir.
. Mañana?
. No... esta noche... á las ocho.
Esta noche!
. Os contraria mi resolucion?.. Desbarato alguno de vuestros proyectos?..
No, nada... pero deseára...
. No admito escusas ni dilaciones. Aguardad denes aquí. (*se dirige á la puerta lateral de la izquierda. Matilde la sigue.*)
. (*andando y en voz baja, mientras Eduardo ...mbia de lado.*) ¡Imprudente!
(*lo mismo*) Lo sabe?
(*estos monosílabos muy de prisa.*) Todo.
Quién se lo ha dicho?
El Baron.
(*volviéndose á Eduardo severamente.*) No os vais de esta sala. (*vase.*)
(*junto á la puerta.*) Nos habeis perdido á bos. (*vase precipitadamente. Enrique aparece el fondo.*)

ESCENA XIII.

ENRIQUE, EDUARDO.

Ah, Baron infernal!
Vengo á daros mil enhorabuenas.
La ocasion es oportuna.
Quién lo duda? Pasaba yo por el invernáculo cuando me vió la princesa: me envia á llamar; y ella misma me ha enseñado las flores.
EDU. Las flores, eh? (Pues á mi las espinas.)
ENR. En seguida, y como para mostrarme mayor aprecio, empezó á hacerme de vos los mas desmedidos elojios.
EDU. De mi?
ENR. Yo principié á elogiaros tambien...y parecia que cantábamos un himno de alabanzas. Le dige los títulos y honores que habiais despreciado por permanecer fiel á su persona.
EDU. Mal hecho.
ENR. No tal: vos sois harto modesto, contra la costumbre de los palacios: á vuestros amigos les toca favoreceros, y yo me precio de serlo verdadero.
EDU. A fé que lo habeis logrado.
ENR. La conmoví en términos... que derramó lágrimas.
EDU. La princesa?
ENR. Añadiendo, que no perdereis nada en serle tan fiel, pues vuestro favor ha de elevaros á gran altura.
EDU. Por eso estuvo primero tan amable conmigo... pero las mugeres varian á cada paso, y nuestra soberana abusa del privilegio de muger estraordinariamente.
ENR. Qué quereis decir?
EDU. Que el viento ha hecho variar la veleta, y, ó mucho me engaño, ó he caido en desgracia.
ENR. Vos?
EDU. Me alejan de la corte... de la muger que amo...
ENR. Os destierran?..
EDU. (*paseándose ajitadamente.*) Cuando tengo la certeza de ser correspondido, y me dan una cita. (*volviendo junto á Enrique.*) Porque aun no lo sabeis todo. Matilde me ha dado furtivamente su retrato; me ha dicho de la manera mas ingeniosa que me esperaba esta noche en el jardin...y á la hora de la cita tengo que partir.
ENR. Pobre amigo mio! Puede que aun obtengais?..
EDU. Nada; «no admito escusas ni dilaciones,» me ha dicho severamente al marcharse.
ENR. Siento en el alma esa partida repentina que desbarata todos mis proyectos.
EDU. Qué proyectos?
ENR. Ya os lo diré. Os envian lejos?
EDU. Cerca del príncipe Elector de Homburgo.
ENR. (*admirado.*) Del Príncipe!
EDU. Con un mensaje diplomático...
ENR. Será alguna respuesta á su demanda. Entonces tranquilizaos.
EDU. Como, si he de partir?
ENR. No partireis.
EDU. Sin remedio. Mañana he de ver al Príncipe.
ENR. Le vereis aqui.
EDU. Aquí!
ENR. El mismo me lo ha dicho.
EDU. Le conoceis?
ENR. Mucho... Viaja conmigo.
EDU. Y le esperais?
ENR. En secreto.
EDU. Será preciso anunciar á S. A...
ENR. Ni una palabra. Fingireis partir... entregar al Príncipe el pliego y las credenciales... él responderá... y vos regresais del viage sin haberos movido siquiera.
EDU. (*gozosamente.*) Asi voy á la cita.
ENR. Y sois dichoso.

Edu. Ah! mi reconocimiento...
Enr. La Princesa.

ESCENA XIV.

Carlota, el Baron, Matilde, Amelia, Eduardo, Enrique.

Ame. (*entrando por la izquierda seguida de los otros personages.*) Venid, señor Baron, lo exijo.
Bar. Pero señora...
Ame. Silencio, señor de Limberg. (*viendo á Enrique.*) Ah... aqui el conde... Si tratará de impedir? (*con calma.*) Señor de Limberg.. vais á partir...
Edu. (*molinete con el guante.*) No marcharé... sin dar las gracias á V. A. por la marcada muestra de confianza.
Ame. (*secamente.*) Bien está. Vais á partir, ahora mismo.
Edu. Dentro de una hora... en cuanto voy á mi casa para...
Ame. No... deseo que el viage sea secreto. Ya os aguarda el coche al pié de esa escalera. (*señalando la puerta lateral de la derecha.*) Vais con el señor Baron.
Edu. El Baron!
Ame. Ya ha recibido los pliegos de manos del ministro...
Enr. (Que contratiempo!)
Ame. Le acompañareis... sin separaros de él un minuto siquiera.
Bar. (*bajo á Carlota.*) Alejarme precisamente!
Car. (*lo mismo.*) Nada temais, pues yo quedo.
(*El Baron se aleja y va á colocarse junto á la puerta lateral de la derecha.*)
Ame. (*sonriendo á Enrique.*) Vos, Conde, aguardareis el regreso de vuestro amigo en las habitaciones del Baron... allá sereis mi prisionero.
Enr. Señora! (Qué querrá decirme?) (*Eduardo le mira y él le hace seña de que calle.*)
Ame. (Ahora yo conoceré á la de la cita.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete de la Princesa, puertas en el foro, á derecha é izquierda. A este lado, mesa con papeles y recado de escribir. Un piano á la derecha arrimado á la pared.

ESCENA PRIMERA.

Enrique, Matilde.

Al alzar el telon, Matilde toca el piano. Antes de concluir sale Enrique por el foro.

Mat. De gayas y hermosas flores
el suelo esmaltado está;
que bello es, por la pradera,
alegremente saltar!
Mas ay! ya escucho lejano
de la campana el tañir:
ella me llama al convento
del cual nunca he de salir.
2.ª Cuantas luces, cuanto lujo!
ya el baile va á comenzar.
¡Qué hermosa vista es un baile!
y qué agradable es bailar.
Mas, ¡ay! ya escucho lejano
de la campana el tañir,
ella me llama al convento
del cual nunca he de salir.

Enr. (*se ha colocado detrás de Matilde.*) **Muy bien:** divinamente.
Mat. (*levantándose.*) Principe!
Enr. Chist!.. No pronuncieis ese nombre: aqui no soy Príncipe sino un conde que corre el mundo por capricho, buscando aventuras en esta corte de damas encantadoras; ¿y la Princesa?
Mat. (*señalando á la puerta de la derecha que está abierta.*) Allí está: sin duda me ha oido tocar.
Enr. Qué decia esta mañana? El mal humor de ayer...
Mat. Se disipó enteramente. Se ha despertado alegre y contenta por no haber encontrado á ninguna de sus damas en el sitio de la cita.
Enr. Yo lo creo; cansada de pasear arriba y abajo por el jardin, os encargó á vos que os quedárais vigilando en lugar suyo, sin sospecha que su secretario, á quien ella creia ausente estaba oculto en el misterioso pabellon... ah ah, ah!..
Mat. Os reis?
Enr. Perdonad, comprendo vuestra inquietud sobre todo desde que yo tambien estoy enamorado. La gracia, el talento, la vivacidad de l Princesa, y hasta su rigor cuando juzga compre metida la dignidad de la corte, todo ello m agrada y me subyuga. Añadid á esto que nues tros principados están limitrofes y reunido podria cambiar en reino mi electorado com mi vecina la Prusia.
Mat. (*distraida.*) Señor Conde, todo cuanto pa aqui, me sobresalta... Si la Princesa llegára saber que la hemos engañado, y que no se h ido Eduardo...
Enr. Cuando lo sepa ya habrá pasado el pe ligro.
Mat. Y ese maldito Baron contará lo que le h sucedido. (*viendo á Amelia.*) S. A. viene. (*col case corriendo al piano, y vuelve á tocar el ri tornelo.*)

ESCENA II.

Enrique, Amelia, Matilde.

Ame. (*sale con un libro en la mano y se acerca Matilde sin ver á Enrique retirado en el foro*) Muy bien, Matilde, estais inspirada. (*viendo Enrique.*) Ah!.. ahora caigo! Os escuchaba
Mat. (*levantándose y fingiendo sorpresa.*) Ah! pu no habia visto al Conde.
Enr. Acabo de llegar, y pasaba á la cámara V. A. que se ha dignado recibirme hoy segun
Ame. Con efecto... queria suplicaros yo mism que olvideis una medida algo severa, que ll man, segun creo, un golpe de estado.
Enr. Del cual no me quejo, porque me ha ret nido en el palacio de V. A.
Ame. Arrestado? Perdonad, fué medida de pr caucion por temores que veo desvanecid Sospechaba que todos eran cómplices... y p

último no he hallado pruebas del delito. ¿Verdad que á nadie hemos encontrado?

Mat. A nadie. (Dios mio, cómo miento!)

Enr. (Para canonesa miente con bastante perfeccion.)

Ame. Quiero reparar mi falta, concediendoos el favor que ayer me pedisteis para vuestro amigo. Me habeis dicho que rehusó un título que le ofrecia vuestro soberano... Pues bien, yo le hago conde, asi será igual á vos.

NR. Señora, no puede darse mas bondad ni tanta gracia.

ME. Se lo debo de justicia, puesto que por mí ha rehusado otro título; premiando la fidelidad, haré que mis cortesanos sean incorruptibles, al menos cuando sepan que eso les ha de valer alguna recompensa.

NR. Elevándole asi, hace V. A. mas factible su alianza.

ME. Piensa casarse?

NR. Si señora.

ME. (*con ansiedad.*) Ama á alguien? Cómo se llama? (*á una señal de Matilde se contiene Enrique.*)

NR. Ese es secreto suyo... y él solo puede descubrirlo, dado caso que se atreva.

ME. (*bajando la vista.*) Ya no os detengo mas, señor Conde... Estais en libertad.

R. En libertad de continuar prisionero si me acomoda?

IE. Como gusteis, ya que tan agradable os es la cárcel. Y haceis bien en no iros, porque he mandado disponer un gran baile para esta misma noche. Soy muy dichosa, y quiero que lo sean cuantos me rodean.

T. Efectivamente, señora: anoche al salir del consejo decian los ministros que la boda de V. A. era ya cosa decidida.

IE. Si, para poner término á tan fastidiosas discusiones, les he significado que ya habia hecho mi eleccion.

R. (Cielos!) El afortunado Principe á quien debemos felicitar es?..

E. Ese es secreto mio, ya que aqui todo el mundo los tiene... Hasta Matilde á quien noto conmovida.

T. Yo, señora...

E. Oh, es muy mal hecho. Cuando solo aguardo los despachos de Roma para daros ejemplo de confianza abriéndoos mi corazon!

T. Yo tambien abriré entonces el mio á V. A.

ESCENA III.

IQUE, CARLOTA, AMELIA, MATILDE, *y despues* EL BARON.

. (*sale corriendo por el foro.*) Señora... señora!

. Qué ocurre, Carlota?

. Mi tio ha llegado.

. (El Baron!)

. (Oh!)

. Cómo? tan pronto?

. Y en qué estado, virgen santa! Pide permiso para presentarse al momento á V. A.

. (*subiendo hácia el foro.*) Que venga.

. (Somos perdidos!)

ota va á avisar á su tio. Matilde á apoyarse en un), en segundo término á la derecha. El Baron entra por el foro vestido de viage, pero sin botas, con la peluca descompuesta, y se coloca á la izquierda cerca de Amelia. Mas á la izquierda, en segundo término, Enrique y en seguida Carlota.)

Bar. Justicia... Vengo á pedir justicia á V. A!

Ame. Esplicaos, Baron... Me asustais.

Bar. Es que estoy para asustar á cualquiera. Bien sé que no debiera presentarme así á vuestra augusta persona... Pero compadecedme... soy una víctima.

Ame. Alguna desgracia?.. y Limberg?

Bar. El señor de Limberg es en traidor, un infame!

Enr. (*acercándose.*) Señor Baron.... yo soy su amigo, y...

Bar. Pues yo no lo soy, ¿estamos?

Ame. Pero la mision diplomática de que ibais encargado?..

Bar. La mision!.. buena mision ha estado! El señor de Limberg me ha dejado en el camino llevándose los despachos que me confió el ministro... y hace seis horas que ando en el coche solo, sin pliegos, sin saber á dónde voy, de dónde vengo, ni en dónde me hallo; loco, estropeado, y con el estrépito de las ruedas en los oidos.

Ame. Os esplicareis claramente?

Bar. Y quién me lo esplicará á mí? Lo sé yo acaso?

Car. (*pasando junto á Amelia.*) Yo podria hacerlo!

Ame. Vos!

Car. Lo acaecido hoy me esplica lo que no pude comprender anoche. Vi al señor de Limberg que subió en el carruage con mi tio.

Bar. Con efecto, se sentó á mi izquierda para darme la derecha por mis privilegios... como me dijo el muy hipócrita. (*Amelia le impone silencio.*)

Car. Algunas horas despues he creido ver al mismo señor de Limberg pasar por debajo de mis ventanas y entrar en el parque.

Bar. Hola!

Ame. Callad, Baron.

Mat. (Yo fallezco!)

Enr. (Pobre Matilde!)

Car. Al poco rato picada por la curiosidad, bajé al parque, cuya puerta hallé entreabierta.

Bar. Qué tal?

Ame. Silencio.

Car. Cuando al llegar junto el bosquecillo ví deslizarse una sombra de muger que salia del pabellon de Apolo.

Mat. (*adelantándose junto á Amelia.*) Era yo.

Car. y Bar. Vos!

Ame. Si tal, Matilde, á quien rogué se quedase un instante al retirarme yo.

Car. La señorita Ma... Es particular.

Ame. Por qué?

Car. Porque impulsada siempre por la natural curiosidad...

Bar. La curiosidad es natural.

Car. Quise entrar en el pabellon y encontré que empujaban la puerta.

Mat. Os equivocásteis, la puerta estaba cerrada: ved aqui la llave que S. A. me habia pedido. (*entrega una llave á la Princesa.*)

Ame. (*á Carlota.*) Habeis perdido el juicio.

Car. Permitid...

Bar. Estais loca rematada. ¿Qué tiene que ver el pabellon con el señor de Limberg?

Car. Oh, bien le he reconocido, aunque iba embozado en una capa azul.

Enr. (*adelantàndose, se inclina ante la Princesa.*) Era yo.

Ame. Vos!

Enr. La idea primera de todo preso es escaparse: y como habia empeñado mi palabra de no traspasar la puerta de la habitacion, para no faltar á la fé de caballero, tuve que saltar por la ventana.

Car. Y yo que imaginé era el señor de Limberg quien subió por ella á vuestro cuarto.

Bar. Qué cosas tan... (*el Baron se queda muy serio.*)

Ame. (*muy seria.*) Todavia!

Enr. Entonces volvia yo de mi paseo nocturno.

Ugier. (*anunciando.*) El señor de Limberg.

Mat. (El!)

Bar. Ah!.. ahora veremos.

ESCENA IX.

Baron, Carlota, Eduardo, Amelia, Matilde, y Enrique.

(Eduardo llega enjugándose el sudor con su pañuelo blanco y las botas llenas de polvo. Su traje de viaje viene á ser igual al del Baron, con la diferencia que este ha de tocar algo al ridículo: una especie de sobre-todo de terciopelo con esclavina galoneada de oro: las gorras por el estilo de las que se usan actualmente para las carreras de caballos. Al entrar encuentra á Enrique junto á la puerta y le aprieta la mano. Enrique pasa al estremo de la derecha junto á Matilde.)

Edu. Perdóneme V. A. que me atreva á presentarme asi... pero he creido que mi deber....

Ame. Habeis hecho bien.

Bar. (*adelantándose furioso hácia Eduardo.*) Me esplicareis por fin?...

Edu. (*riendo.*) Hola, querido Baron, ¿cómo lo pasais? Os ha fatigado mucho el viage? (*quiere cogerle la mano que el Baron retira.*)

Bar. No me toqueis... yo no soy vuestro querido Baron.

Edu. Qué poco amable sois.

Ame. (*al Baron.*) No olvideis que estais en mi presencia.

Mat. (*abanicándose.*) Pensad en defenderos... señor Baron.

Bar. Oh! yo seré mi defensor... y fiscal de otro. (*Matilde acerca un sillon en el cual se sienta Amelia. Matilde se queda tras ella.*)

Ame. Vos ibais agregado al Baron para no separaros de él un instante.

Bar. Y os desagregásteis y os separásteis, y no os he vuelto á ver hasta ahora.

Edu. Es cierto... preciso es confesarlo, ya que habeis llegado el primero. Torpe.

Car. (*al Baron.*) Cómo!

Bar. Torpe yo!

Car. (*bajo á su tio.*) Seguid.

Bar. (*á Amelia.*) Partimos juntos, yo sentado...

Edu. A la derecha, pues los privilegios...

Bar. Yo sostenia solo la conversacion hablando de política, cuando me vuelvo y me hallo al señor dormido.

Edu. Cuando se duerme el que escucha, la culpa es del que habla.

Bar. Hallándome solo... me dormí tambien.

Edu. Sin duda os escuchábais.

Bar. Al corto rato se para el coche á la puerta de una quinta, me despierto y me hallo solo.

Edu. La quinta del marqués de Walen, mi amigo. Entro para decirle, «á Dios,» y se iba á sentar á la mesa: llega mi buen Baron, le hacen ofrecimientos, y como tenia apetito... y habia ricos manjares y vinos escelentes...

Bar. Es una suposicion...

Edu. Lo negareis... y comisteis por cuatro?

Bar. Solo tomé un bocado.

Edu. A la vez... pero mas de doscientas veces (*todos rien y el Baron se enfurece.*)

Bar. Ya es demasiado.

Ame. No os altereis... pero teneis fama de gloton... Eso es sabido.

Edu. Manjar va y copa viene. Nos servia un lacayo muy feo, y una muchacha muy bonita... Y como el Baron es tan enamorado, se hacia servir por la muchacha.

Ame. Ah! Baron!..

Bar. Juro á V. A. que ni la miré siquiera.

Edu. Bueno... fueran los ojos de ella... fuera el vino de Champagne... (*al Baron.*) Lo digo todo

Bar. Qué insolencia!

Edu. (*continuando.*) El caso es que los ojos del Baron empezaron á cerrarse agradablement y despues se quedó como un tronco. Le llan mas de veinte veces, y viendo que nada ade lantaba, tuve que dejarle y montar á cabal para llenar cumplidamente la mision de qu él no podia encargarse en tal estado.

Bar. Es falso que yo... Señora, era un compl infernal... Me cogen dos lacayos....

Edu. (*á la Princesa.*) Porque se le iba la cabez

Bar. Me meten en una alcoba...

Edu. Porque no podia dar un paso.

Bar. Y me echan en una cama mas dura que un piedra, dejándome encerrado.

Enr. Para que durmiérais. En tales casos ese el mejor remedio.

Ame. (*compadeciéndose.*) Pobre Baron!

Bar. Salto de ella, me asomo á la ventana... veo huir á todo correr á mi compañero d viage, saludándome con tono burlon, y si volver por mas que yo gritaba.

Edu. Ese será el sueño que luego ha tenido. I resultado es que vuelvo solo de la residenci del príncipe elector de Homburgo, jóven en cantador, amable, y dotado de talento.

Bar. Un nécio, feo, ridículo y estravagante... s gun dice todo el mundo. (*Enrique se vuelve par reirse sin que lo noten.*)

Edu. Ah, ah.... ah... Si os oyese...

Mat. Os quedaria agradecido.

Ame. (*á Limberg.*) Acabad.

Edu. Entregué los despachos al príncipe.

Bar. Luego le habeis visto?

Edu. Como á vos os estoy viendo.

Bar. No es posible. Si aun no ha regresado de s viages.

Mat. Ah!

Car. Es claro.

Edu. Pues mas claro es aun que me ha entreg do la respuesta para S. A. (*da un pliego á princesa.*)

AR. Y si acabais de llegar de Homburgo, ¿cómo es que al apearme del coche me pidieron de parte vuestra algunos objetos que olvidásteis en él? Cartas y una cajita.

ME. Qué cajita?

DU. No comprendo... (*por lo bajo apretando la mano al baron.*) Silencio y contad conmigo.

AR. (*admirado.*) Eh?

AR. Oh!

ME. (*recorriendo el pliego.*) Con efecto: es del príncipe! Me escribe él mismo... Que tierno se muestra y que apasionado! Señores, id á descansar hasta la hora del baile.

AR. Oh, si; no es cosa de faltar al baile.

ME. Pero estais seguro de vuestras piernas? (*sonriendo graciosamente.*)

AR. Ha podido creer V. A?...

(*dos contienen dificilmente la risa. El baron se entra con el conde Enrique, y este suelta la carcajada.*)

R. (Me encocora el condecito tanto como su amigo.)

IE. Baron, id á variar de traje.

AT. (*suben hácia el foro. Enrique cambia una seña con Eduardo Matilde los sigue con ansiedad.*) Hasta ahora nos salvamos.

IE. (*deteniéndose en medio del teatro dice á Limberg.*) Volved para un trabajo urgente, y ved si el ministro ha recibido ya los pliegos de Roma.

U. Ya han llegado, señora.

IE. Ah!

T. La dispensa?

U. (*molinete con el guante.*) Todo cuanto se esperaba; ya es libre V. A. y nada debe retardar la publicidad del secreto... acerca de la eleccion de esposo.

T. (*abanicándose.*) Si, es preciso hablar... (*cesa el abanico.*) Pero la emocion de S. A...

E. Si... estoy conmovida. Marchad, conde de Limberg.

U. Conde, yo!

R. Qué oigo!

R. Un título!

E. Es una gracia que he concedido á vuestro amigo.

U. Mi eterno reconocimiento...

E. Solo os pido en pago que hagais las paces con el baron.

(*Eduardo le tiende la mano, el baron vacila.*)

Yo lo deseo. (*el baron se la dá de mala gana.*)

I. (*bajo al baron.*) Y le dais la mano?

R. (*bajo á Carlota.*) Manos besa el hombre... Vamos sobrina. (*vanse todos escepto Amelia y Matilde.*)

ESCENA V.

AMELIA, MATILDE.

E. (*siguiendo á Eduardo con la vista.*) Matilde, no me dejeis.

T. (Animo... voy á confesárselo todo.)

E. (*cogiéndola la mano sin mirarla.*) Cómo temblais?

T. Oh, no señora... es V. A.

E. Yo... bien podia ser... llegó el momento de hablar, y siento una turbacion.

T. (Lo mismo que yo.)

E. Late mi corazon... Siento deslizarse lágrimas por mis megillas, y sin embargo, soy dichosa. Libre de los votos puedo ya dar mi corazon y mi mano.

MAT. El secreto que tanto tiempo nos ha ocultado V. A.?

AME. Puedo revelarle por fin, y decirle al que amo... ya soy vuestra para siempre.

MAT. Ama V. A. al príncipe de Homburgo? (*señalando la carta.*)

AME. Qué locura..! ¿Cómo he de amar á quien no conozco? A un príncipe que creeria honrarme trayéndome en dote su nombre, su título y sus estados? Los necesito acaso? Yo soy la que quiero encumbrar á mi esposo, hacerle príncipe soberano... y que á mi me lo deba todo.

MAT. (*admirada.*) Uno de los súbditos de V. A.!

AME. (*jovialmente.*) Si, ¿y no puede continuar siéndolo aunque sea mi marido?

MAT. Quién es?

AME. No lo sabeis?.. ¿No me han hecho traicion mis ojos cuando estaba aquí hace un momento?

MAT. (*sonriendo.*) El joven conde?

AME. No, querida.

MAT. (*vacilando.*) Acaso el señor de Limberg...

AME. Mas bajo.

MAT. El!!

AME. Si; mi tio me le recomendó como un amigo... como á su hijo! El fué quien me anunció que yo estaba llamado á regir el principado... y cuando me vió indecisa á dejar el claustro, si hubierais oido que palabras tan seductoras empleó para decidirme... Su talento... su franqueza... y hasta su natural alegría me han hecho olvidar frecuentemente el aburrimiento de una corte donde todos buscan los medios de engañarme. Si, Matilde, le amo... le amo con toda mi alma, porque... porque le amo... y no podria esplicaros lo que no sé esplicarme á mi misma.

MAT. (Desgraciada!)

AME. Veis mi alegría y mi felicidad, y no tomais parte en ella?

MAT. Una confesion tan inesperada... Y la elecion será digna? (*cortada.*)

AME. Que poco le conoceis; no hay corazon mas noble que el suyo: por mi ha rehusado títulos y honores.

MAT. Si acaso censuran á V. A...

AME. Quién...? Los cortesanos...? Por adularme aprobarán cuanto yo haga. Los ministros...? Lo aprobarán por conservar sus carteras. El pueblo...? Ah, el pueblo ya está acostumbrado á amar á mi secretario, pues siempre vé su firma en las órdenes que doy haciéndole beneficios. Cuando los monarcas favorecen al pueblo, siempre desea el pueblo la felicidad de sus monarcas.

MAT. Comprendo el gozo del señor de Limberg, si sabe...

AME. Nada aun, y eso es terrible. Gozo de antemano con su dicha cuando lo sepa... Mas, cómo decirle... «yo os amo...?» Ah! Debiera haberlo adivinado!

MAT. Ser amado de la mujer que le eleva á un trono... Debe enorgullecerle tanto... Pero, y si amase á otra?

AME. No me lo digais siquiera! Un momento lo he temido, y esa idea me hizo muy desgraciada. Os lo confesaré todo... Ayer le alejé porque estaba celosa, y trataba de sorprender á la culpada... Oh...! Conocí que iba á ser cruel

para vengarme y castigar á una rival...

Mat. V. A. tan bondadosa...

Ame. La pasion me volvia loca... Pero no hablemos mas de ello... pues tambien vos teneis otro secreto que revelarme...

Mat. Yo... no... ninguno.

Ame. Me lo prometisteis...

Mat. Despues de tan grandes intereses, qué importa á V. A. un secreto que debe morir en el claustro?

Ame. No obstante...

Mat. Aqui llega el baron. (No puedo sostenerme.)

ESCENA VI.

Matilde, Amelia, Baron.

Bar. Vengo á recibir las órdenes de V. A. para el baile...

Ame. Quiero que sea brillante y espléndido. Os habeis reconciliado con el conde de Limberg?

(Matilde cae en un sillon junto á la mesa de la izquierda, y oculta sus lágrimas.)

Bar. Lo mandó asi V. A., y soy muy dichoso en obedecerla. Somos amigos hasta la muerte; en prueba de ello, me acaba de pedir un servicio.

Ame. A vos? Cuál?

Bar. Suplico á V. A. no me pregunte. Le he prometido callar. *(Matilde se levanta.)*

Ame. Otro nuevo misterio!

Bar. Incomprensible para mí... Es sobre un retrato.

Ame. Un retrato!

Mat. (Qué está diciendo?)

Bar. Ya he arreglado las contradanzas; yo bailaré en la primera.

Ame. *(impaciente.)* En frente de mí... Mas... hablábamos de un retrato... A propósito... Ahí tengo una joya con mi cifra de brillantes, y os la destino, baron... *(Matilde la toma de la mesa y se la dá á la princesa.)* Dádmela, Matilde.

Bar. Ah, señora... (Qué interés me demuestra!! Será preciso adorarla.)

Ame. Tomad... para que olvideis las incomodidades del viaje. *(dando una cajita al baron.)*

Bar. Le conservaré eternamente sobre mi corazon... Sobre este corazon que....

Ame. *(cabilosa.)* Con qué un retrato, eh?.. de hombre...? Seria el de mi tio.

Bar. No, señora... era de mujer.

Mat. (El mio!)

Ame. *(procurando contenerse.)* Se parecia al original?

Bar. Como yo soy tan prudente y poco curioso, no me acerqué... pero desde lejos me pareció distinguir un vestido azul.

Ame. *(mirando á Matilde.)* Vestido azul...!

Mat. *(como tratando de recordar.)* Vestido azul..!

Bar. Con que tendré el honor de bailar en frente..

Ame. Os ha dicho la procedencia del retrato?

Bar. En el coche lo sacó varias veces del bolsillo, y sin duda le debió dejar con unos papeles, cartas tal vez, entre los almohadones del carruage, pues allí le encontró mi ayuda de cámara, que me le ha entregado. En el momento en que yo iba á abrir la caja, se presentó el conde de Limberg, y me la arrebató encargándome el mayor secreto; pero V. A. me ha obligado á romperle... Por favor, suplico á V. A. que guarde el mas profundo silencio... y com si yo nada hubiera dicho.

Ame. ¿Por qué medio obtendré el retrato... Ah. Baron, ¿dónde estará?.. *(como herida de un idea.)*

Bar. En el bolsillo del lado izquierdo.

Ame. No digo el retrato... Sino él...

Bar. Quedaba en la galeria.

Bar. *(suena con rabia una campanilla de escribani. Sale un Ugier.)* Ved si está en la galeria el cond de Limberg, y que os siga hasta aqui en el ac to. *(vase el Ugier.)*

Bar. Por la virgen, considere V. A.

Ame. Nada temais. Esto va á decidir de su suer te ó de la mia. *(á Matilde.)*

Mat. (Qué irá á hacer?) *(aparece Eduardo, el Baro sale á su encuentro.)*

ESCENA VII.

Matilde, Amelia, Eduardo, el Baron.

Bar. Llegad .. Querido conde... (Como si yo nac hubiera dicho.)

Ame. *(sin mirarle.)* Conde de Limberg... Me h ceis traicion y me engañais.

Bar. *(apartándose vivamente de Eduardo.)* Miser cordia!

Edu. ¿Quién ha sido el pérfido que ha osado c lumniárme?

Ame. Me engañais por mas que el Baron os d fienda.

Edu. Ah!.. *(tendiendo la mano al Baron.)*

Bar. Amigo mio! *(le aprieta la mano.)*

Mat. *(abanicándose.)* El pérfido está cerca vos... *(cesa.)* Princesa. *(Eduardo mira fijamen al Baron y le suelta la mano.)*

Ame. Se que os mezclais en una intriga que c nozco.

Edu. V. A. me hablará de las esperanzas que concebido el príncipe de Homburgo. Confie que si le he recibido en mi casa!..

Ame. En vuestra casa!..

Bar. El príncipe de Homburgo!

Mat. (Qué torpe!)

Ame. Buscaba un secreto y he encontrado dos.

Edu. (Pues señor, no entiendo una palabra.) *(Mi embobado á Matilde que se abanica con gran fue za.)*

Ame. Entonces serán suyos los papeles que ll vais encima: mirad, ahi los teneis. *(señalan el bolsillo izquierdo.)*

Edu. Son cartas que no tienen la menor importan cia. *(saca varios papeles y entre ellos sale envue ta la caja de el retrato que él trata de ocultar v vamente.)*

Ame. ¿Qué es lo que escondeis? *(conteniéndose co un jesto.)*

Edu. *(turbado.)* Nada.

Ame. Si tal, tratais de ocultarme una cosa.

Edu. No señora... Nada tengo mas que esta caj *(la del retrato.)*

Ame. Dádmela.

Bar. (Sagacidad femenina.)

Edu. Perdone V. A.; aseguro bajo mi palabra d caballero, que no hay en ella papeles, ni secr to que...

E. (*con severidad.*) No importa... entregádmela.
r. (Ah!.. el suyo!) (*sigue con ansiedad los movi- nientos de Amelia tomando una resolucion. Saca lel bolsillo otra caja de retrato, todo muy vivo.*)
. Señora... es un retrato que el honor me prohibe...
E. Obedeced.
. Prefiero esponerme á la cólera de V. A. á altar...

tilde que ha pasado por detrás de la princesa se adelanta hácia Eduardo y le coje el retrato.)

. Traed acá. ¿Osareis desobedecer á vuestra oberana?
. (Dios eterno! Ella misma!..)

princesa asi que ve que Matilde tiene el retrato en su r, se vuelve con mucha naturalidad, haciendo una detracion de triunfo, y cambia Matilde los retratos guarndo el de Eduardo, y dando á la princesa el suyo.)

. Tomad.
. Ah! deseaba obtenerlo de vos mismo. (*reciéndole.*)
. Señora, es la misma persona que... (*va á consarlo todo.*)
. Es preciso obedecer... ¿No es verdad señor aron? (*abanicándose y con intencion.*) Obedecer callar. (*vuelve junto á la mesa izquierda.*)
. (Pues silencio.)
. (*á Eduardo á media voz.*) Como diablos habrá bido?
. (*cojiéndole del brazo.*) Porque vos se lo habeis dicho.
. (*abriendo la caja.*) Como tiemblo, no me revo á mirar... (*reconociéndose con aire de safaccion.*) Ah!
Ya que V. A. sabe cual es el objeto de mi riño, castígueme á mi solo, pues solo yo soy culpable.
. (*con dulzura.*) Castigaros? (*con coqueteria.*) nde de Limberg, mi secretario particular... ntaos, pues, voy á dictaros una carta.

le indica la mesa de la izquierda. Momento de silenlurante el cual espera Eduardo sentado con la pluma mano. Amelia en pie dominando su emocion, enel retrato á Matilde que apenas puede sostenerse.)

(*bajo al Baron que se acerca á la mesa.*) Vais morir á mis manos.
(*se aparta.*) Canario: eso solo me faltaba.
. Baron... Matilde... Alejaos... Son cosas de tado. (*vase el Baron por el foro. Matilde por izquierda.*)

ESCENA VIII.

EDUARDO, AMELIA.

Ahora va á ser ella.

lia vuelve junto á Eduardo, asi que se cerciora de e han alejado los otros personajes. Ella en pié, él sentado.)

. Señor Conde... (*él la mira, ella le señala el pel.*) Estoy dictando.
Obedezco. (*pónese á escribir.*)
»Señor Conde, tan fino y reservado amor lma mi felicidad... ya mi corazon habia adivinado el vuestro. (*movimiento de Eduardo.*)
EDU. (Será para el Principe la carta?)
AME. (*continuando.*) »Antes de vuestra confesion, que por una astucia he sorprendido... ya este corazon os pertenecia... pues prefirió el hombre modesto y sencillo... á cuantos príncipes altaneros le rinden sus homenages.
EDU. (Qué querrá decir?)
AME. (*cambiando de tono.*) »Guardad siempre mi retrato que tanto apreciais. Tomadle. (*Eduardo se vuelve sorprendido, ella baja los ojos.*) He jurado á Dios no aceptar el mando mas que para hacer dichosos y ya empiezo mi obra.
EDU. Cielos! (*Eduardo toma con timidez el retrato; vase la Princesa por la derecha.*)

ESCENA IX.

EDUARDO *solo, mirando el retrato.*

Es ella! La Princesa! Cómo es posible? Ahora comprendo la fingida cólera de Matilde al pedirme el retrato para substituirle con éste y evitar perdernos. ¿Y entonces, cómo esplicar la carta que con tanta turbacion me ha dictado S. A.? »Antes de vuestra confesion, que por una astucia he sorprendido, ya este corazon os pertenecia... pues prefirió el hombre modesto; guardad siempre mi retrato... que tanto apreciais.» Y á mi es á quien le ha entregado! ¡Hay para volverse loco! A mi, su corazon... su... su mano... y su poder! A mi que nada seria sin ella. Oh! mas de una vez me han conmovido aquellas dulces miradas que con tal afan buscaban las mias, como para leer en el fondo de mi alma... Ahora caigo en todo... en el abandono conque me habla... en la inquietud conque siempre me vigila... ayer mismo... aquello eran celos... porque me amaba! Pero y Matilde... Angel de bondad... me ocultaba sus lágrimas al alejarse... ella lo sabia todo y la ha engañado... Necesito verla, tranquilizarla... y calmar á su lado los pensamientos que me agitan y abrasan mi cabeza. Corramos. (*apretando la carta.*)

ESCENA X.

EDUARDO, MATILDE.

MAT. Eduardo!
EDU. Matilde! Os veo al fin... la Princesa... (*quiere cogerla la mano, ella la retira.*)
MAT. Me envia para suplicaros que entregueis esta carta al conde Enrique, que ya sabe es el príncipe de Homburgo.
EDU. Entonces sabrá tambien que volvi anoche por veros.
MAT. Solo piensa en su dicha. Al separarse de vos se ha arrojado en mis brazos, para dar espansion á su alegria. «Todo lo sabe él,» me ha dicho, y empezó á dar órdenes para que el baile sea magnífico y suntuoso. Por primera vez de su vida la he visto ocuparse de sus trajes y tocador; llegó el ministro y le dictó esta carta para el Príncipe, en que le ruega salga hoy mismo de esta corte. (*Eduardo toma la carta.*) El ministro se ha quedado sorprendido, y yo he salido del salon para traeros el pliego,

y para respirar, pues creí ahogarme. (*cayéndose.*)

Edu. (*sosteniéndola.*) Matilde... volved en vos... pensad que os amo... que habeis recibido mis juramentos...

Mat. Os los devuelvo... Ya sois libre. Olvidadme. Yo habia concebido sueños de felicidad que se desvanecerán en el claustro, desde donde pediré á Dios que seais dichoso.

Edu. Tambien vos habeis quedado libre de vuestros votos, lo mismo que la Princesa. Perdonadme, yo no sé qué fascinacion turbó mis sentidos un instante, pero vuestra vista me ha vuelto la razon: ya somos uno de otro para siempre.

Mat. Amigo mio... sé que me amais... tambien yo os amo... y soy dichosa... pero tened valor como yo le tendré... Pensad, Eduardo, en la elevacion que se os prepara... y que ninguno rehusaria; si mañana os arrepintiérais, seria para mi un remordimiento eterno.

Edu. Arrepentirme, nunca.

Mat. Ella os ofrece una corona... Haceros príncipe soberano.

Edu. Me mortificais...

Mat. Aceptad... debeis hacerlo por vuestra familia... por el pais... y por vos mismo.

Edu. Basta.

ESCENA XI.

Enrique, Eduardo, Matilde.

Enr. (*sale precipitadamente por el foro.*) Eduardo!

Edu. El príncipe!

Mat. Cielos!

Enr. Acaban de decirme que la princesa sabe quien soy, y que por mi os veis comprometido. Oh, no temais, acabo de pedirla una audiencia para solicitar mi perdon y el vuestro. Si no me le concede, partiremos juntos y sereis mi ministro y mi mejor amigo.

Edu. Vuestro amigo!

Mat. La Princesa!

ESCENA XII.

Enrique, Eduardo, Amelia, Carlota, el Baron, *y* Matilde.

(Las damas de honor y algunos personajes de la corte llegan por la derecha precediendo á la Princesa.)

Ame. Disponeos para el baile, señores; conde de Limberg... Ah! (*viendo á Enrique.*) El conde Enrique!

Enr. Señora!

Ame. (*á Enrique.*) Señor conde... mi secretario os entregará un pliego del ministro... que espresa mi voluntad.

Edu. Ya iba á ejecutar la órden de V. A. (*Eduardo saca un pliego del bolsillo y lo entrega á Enrique.*)

Mat. (El príncipe parte... murieron mis esperanzas.)

Enr. (*tomando la carta.*) Qué será esto?

Ame. Conde de Limberg... vuestra mano.

Bar. (*bajo á Carlota.*) Qué honor para un secretario..! se atreverá ella acaso?

Car. (*bajo al Baron.*) Se atreverá si yo quiero.

(Echa Carlota una mirada á Matilde, que parece muy con movida, Eduardo ofrece la mano á la princesa á quie el príncipe saluda.)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

El mismo salon del primer acto, adornado con mu chas arañas y arandelas para baile. Todo anuncia gran diosidad y magnificencia. Los jardines iluminados por l luna, y alumbrados con vasos de colores. Al alzar el te lon, los cortinajes de las puertas del foro estan des corridos.

ESCENA PRIMERA.

Baron, Carlota, *infinidad de damas y caballer elegantemente vestidos: despues* Amelia; *y la últim* Matilde. *Un minuet se acaba cuando se empieza acto; y los caballeros conducen á las damas á su puestos.*

Bar. Qué espectáculo tan magnífico es un sara Adoro el baile con frenesí, y me estaria dan zando toda la noche.

Car. Pensais en eso cuando vuestras esperanz se convierten en humo! Vos no teneis ca beza.

Bar. Para qué es necesaria en un baile? Pies s lamente se necesitan. Ademas, ¿hay algun me dio de impedir la elevacion del conde de Lin berg?

Car. Le hay y corre de mi cuenta.

Bar. Vais á comprometernos.

Car. No hay cuidado.

Bar. Si acaso caigo...

Car. En la corte, con algun talento, aunque caiga, es de pies.

Bar. Su Alteza.

(Amelia vestida de toda gala y rodeada de las damas personajes de la corte, sale manifestando alegria y jo vialidad.)

Ame. Si, estoy gozosa y satisfecha. ¿Qué herm nos parece una funcion cuando somos feli ces, y nos rodea el placer! Mucho tiempo h perdido sin disfrutar esta dicha... Oh, pero me resarciré con usura.

Bar. Yo tambien gozo estremadamente. (*tratan do de ponerse siempre en evidencia.*)

Ame. (*sonriendo.*) Vaya, me alegro. Hola, Carlo ta, os veo pensativa... tratad de mostrar ma alegria en el rostro.

Bar. (Reios, sobrina...)

Ame. La noche está deliciosisima... Id á pasea por los jardines; yo quiero oir la música, ve las contradanzas y participar del comun rego cijo. Este baile es el primero que doy, pero lo habrá con frecuencia. Quiero que mi reinad sea una fiesta continua. (*todo el mundo se dis persa.*)

ESCENA II.

Amelia, Matilde.

Ame. Eduardo... no le veo.

Mat. (*saliendo por el foro y mirando á la izquierda.*) Dónde estará Eduardo!

Ame. Qué linda que estais con ese vestido que tanto me ha costado haceros aceptar.

Mat. Pero al fin obedecí á V. A.

Ame. Habeis hecho bien, porque os cae perfectamente. ¡Qué contenta estoy! Yo que no queria salir del convento... tambien me han dicho que vos rehusábais admitir la libertad, que sin pedirla yo, os ha venido de Roma. Mal hecho! En el mundo como en el claustro se puede ser virtuosa.. y amar ademas... con toda la pasion que yo amo.

Mat. (Su alegria me hace daño.)

Ame. Mirad, despues de mi boda, voy á ocuparme de la vuestra.

Mat. Señora...

Ame. Quiero casaros... quiero que se case todo el mundo. Sois mi protegida, y os sobrarán pretendientes: oh, y en mi corte los hay muy buenos mozos, con talento. Tambien hay otros que no le tienen. Mejor, esos hacen resaltar á los demas, y podeis entre tantos escoger el que mas os convenga.

Mat. (Nunca.)

Ame. Antes de marchar el conde Enrique pensé que podria conveniros.

Mat. El conde!

Ame. Si no quiere una Princesa... os ha visto... sois muy linda. . ¿Qué tendria de estraño?... Tampoco yo me caso con un Príncipe. (*movimiento de Matilde.*) El es jóven, fino, elegante, tiene talento y una cabeza algo novelesca, lo cual siempre agrada á las mugeres... Ademas es amigo íntimo de Eduardo... (*bajando la voz.*)

Mat. Vuestro...

Ame. Mas por dónde andará que no le he visto en ninguna de las contradanzas? No se atreve á mostrarse, aunque me consta que está aqui. Hace un momento que estaba sentada en un cenador del jardin, algo separada de mi comitiva, y cabilosa pensando en él, cuando de repente he sentido un beso abrasador en mi mano que me ha hecho dar un grito.

Mat. Un beso!

Ame. Los de mi séquito acudieron al oirme, mas ya habia desaparecido... y yo he entrado conmovida en los salones, sin saber si debia reir ó incomodarme por semejante audacia... Al fin me he decidido por la indulgencia. (*óyese á lo lejos la música y animacion del baile. El Baron aparece en el foro.*) El Baron viene á buscarme para la contradanza... Sin duda estará alli Eduardo... Hasta luego. (*vase.*)

ESCENA III.

Eduardo, Matilde.

Mat. Gracias á Dios que se fué... necesito estar sola y llorar.

Enr. (*muy agitado sale por la izquierda sin verla.*) No está él en su cuarto!.. Qué fatalidad!

Mat. (*viéndole.*) Oh!

Enr. Matilde!

Mat. Señor Conde!..

Enr. Tengo una inquietud mortal... ¿no habeis visto?

Mat. (*celosa.*) Tranquilizaos... la teneis alli y os espera... id.

Edu. No os pregunto por ella... el príncipe.

Mat. Esplicaos.

Edu. Le busco por todas partes y tiemblo...

Mat. Cómo se ha de haber quedado despues de la órden terminante que S. A os encargó le comunicáseis... para alejar á vuestro rival....

Edu. Un rival que vos temiais por mi mas que yo mismo.

Mat. Despues de lo que me confesó la Princesa...

Edu. Por la cual me habeis mandado que os olvide faltando á mis juramentos.

Mat. (*picada.*) No os ha costado mucho obedecerme.

Edu. Cómo!.. Matilde... Creeriais...

ESCENA IV.

Eduardo, Matilde, Enrique.

Enr. Ah! Eduardo! Perdonad, señorita.

Mat. Gran Dios!

Edu. Príncipe! Vos aqui!

Enr. Nada temais, soy prudente y ninguno me ha visto.

Edu. Debísteis aguardar...

Enr. Os buscaba...

Edu. Dos horas ha que ando tras de vos...

Enr. No he podido resistir á mi impaciencia despues de la carta que he recibido.

Mat. Qué carta?

Edu. Hablad bajo.

Enr. Ah, señorita... vos conoceis mi secreto, y no quiero ocultaros mi felicidad... Una carta en que la princesa Amelia me habla de mi amor que ya habia adivinado, y del suyo.

Mat. Del suyo!

Enr. Aunque en términos que no puedo esplicarme todavia.

Edu. (Ni se los esplicará nunca.)

Mat. (*dando un grito de alegria.*) Ah! ¿esa es la carta que os entregó vuestro amigo?

Enr. Escrita por el ministro, segun me dijo Amelia... Es particular!.. Esas cosas nunca se despachan por el ministerio.

Edu. Un amor comun.... es verdad, pero estos son amores diplomáticos.

Enr. Tambien me habla de un retrato... recomendándome le guarde siempre... ¿cómo, si no le tengo?

Mat. No le habeis recibido?

Edu. Aun no.

Enr. Por eso antes de marcharme, para enviar á pedir oficialmente su mano por medio de mi embajador, quiero tener una esplicacion con Amelia.

Mat. Con ella!

Edu. Oh! no... no os lo aconsejo.

Enr. Va en ello mi dignidad.

Edu. Si va la dignidad... (Otro nuevo compromiso.)

Enr. (*cogiéndolos de la mano y acercándolos familiarmente.*) Estando en los jardines se apartó ella de su comitiva para sentarse en un cenador. Yo me acerqué cautelosamente, pero al ver tanta hermosura, no pude resistir al deseo de estampar un beso en su mano.

Edu. Es posible!

Mat. (*con satisfaccion.*) Fuisteis vos?

Enr. Lanzó un grito... acudieron... y yo tuve que huir.

Edu. Muy bien hecho... Eso fué obrar con juicio. Por Dios, Príncipe... ni una palabra y no deis ningun paso que nos comprometa.

Mat. (*á Enrique.*) Si, ocultaos, y que no os vea...

Enr. (Qué están diciendo? Oh! no me iré tan fácilmente, yo la hablaré y aclararemos...)

Edu. En mi casa podeis aguardar, pero no salgais de ella. (Qué trabajo me cuesta preparar la dicha de mi rival...) Mirad que pudieran venir...

Enr. Es verdad, ya me alejo. (*vase.*)

ESCENA V.

Eduardo, Matilde.

Edu. Cómo saldremos ahora del compromiso?

Mat. Qué habeis hecho, Eduardo?

Edu. Comprendeis lo que me habria costado obedeceros?

Mat. Perdonadme, amigo mio. Mas cómo os habeis atrevido?

Edu. Lo sé yo mismo? Despues de la revelacion de la princesa... que me daba su mano elevándome al supremo poder, presa de esa horrible ambicion que abrasa el alma, y pidiéndome vos un imposible, queria huir de vos y de ella. Siendo yo solo el desgraciado!.. para no arrastraros conmigo al peligro. Pero S. A. me detuvo... en su presencia sentí un vértigo que no me dejaba dueño de mis acciones, y al mandarme que le entregase al Príncipe el escrito que debia destruir para siempre sus esperanzas... cogí convulsivamente la carta que me habia dictado... vacilé un instante... iba ya á ocultarla, cuando alcé la vista y mis ojos se fijaron en los vuestros llenos de lágrimas, perdí la razon... no fuí dueño de mí, y la carta se escapó de mis manos.

Mat. Y os habeis perdido!

Edu. No, Matilde, me he salvado. Libre ya, corrí á mi casa loco de alegría, y pensando solo en vos... Orgulloso de mi triunfo... Pero cuando lo pensé tranquilamente, tuve miedo por vos. Amelia me ama... me ha abierto su corazon... y una muger apasionada es capaz de todo.

Mat. Pronto sabrá que soy yo su rival, y su cólera...

Edu. El Príncipe engañado por mi, es otro nuevo riesgo. Ni es posible confesarle que la carta era para mi, ni dejarle en su error tampoco.

Mat. Si ve á S. A...

Edu. Forzoso es impedirlo á todo trance. Voy á hablar al ministro... dicen que tiene talento... yo le creo un imbécil... pero en fin, ahora saldremos de la duda.

Mat. (*con ansia.*) Lo primero es que huyais vos.

Edu. Voy á casa de mi amigo el conde de Walem. Vos marchad con vuestra familia, interin do preparo todo para vuestra partida, antes que estalle la tormenta. Cuando pase, volvereis, y si no pasa, yo iré á buscaros.

Mat. Pongo mi suerte en vuestras manos. (*vase por la izquierda.*)

ESCENA VI.

Eduardo, Baron, Carlota.

Bar. Señor conde de Limberg, os andan buscando.

Edu. (*yendo hácia el baron.*) Señor baron...

Bar. Mi querido amigo...

Edu. (*con tono de amenaza.*) Si no he venido al baile es porque...

Bar. La Princesa...

Edu. Vos sois quien me ha comprometido con ella...

Bar. ¡Oh, yo os juro...

Edu. Lo sé todo, hora por hora, minuto por minuto...

Bar. Ah, bah...

Edu. Pero si volveis á ocuparos de mi una vez siquiera... escuchadme bien.

Bar. Todo yo soy oidos.

Edu. O yo subiré al poder... y os cuesta la cabeza... ó no subiré... y de hombre á hombre... de conde á baron os cuesta la vida. (*vase derecha.*)

Bar. Es decir... que de todos modos me mata? Canario! Y ya es la segunda vez que me lo ha prometido.

Car. (*riendo al salir.*) Ah, ah... ah...

Bar. ¿De qué te ries?

Car. El señor conde de Limberg se separa de vos.

Bar. Si... y hemos reñido, y le he dicho que voy á matarle.

Car. No penseis en eso, y reid tambien.

Bar. (*furioso.*) No tengo ganas.

Car. La Princesa llega... Reios ah... ah... ah... cuando os digo que es cosa de risa.

Bar. Es que estoy furioso.

Car. El único que no reirá, es el conde de Limberg.

Bar. Ah... es algo en contra suya? Entonces ya me rio... ah... ah... ah... (*riendo ambos á carcajadas.*)

ESCENA VII.

Carlota, Baron, Amelia y Séquito.

Ame. Necesito algun reposo. (*el séquito se aleja: corren las cortinas.*) Hermoso es un baile, pero cuando una no está acostumbrada... (*se sienta.*) Apenas puedo sostenerme.

Bar. Aquí está S. A.

Car. (*bajo dándole con el codo.*) Seguid riendoos.

Bar. Ja!... Ja!.. Ja!.. (*al entrar la princesa, se ha quedado muy grave, y vuelve de improviso á estallar en carcajadas estrepitosamente.*)

Ame. Qué carcajadas!

Car. (*sin poder contenerse.*) Perdóneme V. A. Señora, no habia tenido el honor de verla.

Ame. No importa... deseo que todo el mundo esté alegre, aunque ahora me hallo algo inquieta.

Bar. y Car. V. A. Señora!

Ame. Si, y quiero distraerme. Contadme lo que os hacia reir.

Bar. A mi me es imposible.

Car. Pues S. A. lo exige, decidle de qué nos reiamos.

Bar. (Esa es buena, pues sé yo acaso de lo que me reia?)

Car. Yo lo diré: era de una aventura de Cort

que mi tio me referia.

AR. (¿Que yo la referia? Esta muchacha va á comprometerme!)

ME. ¿Una intriga? ¿es tan divertida como vuestro viage? (*al baron.*) Veamos... Contadmelo como en familia, y nada sabrá la Princesa... Empezad, baron.

R. (Empezar... ¡Como no invente una novela!)

R. Mi tio vacila, temiendo comprometer á alguien.

IE. (Vamos, otra fábula.)

R. Oh... podria comprometer, y yo soy muy reservado.

:. No obstante, el billete no tiene firma, ni ombra á la persona á quien se dirige.

E. ¿Conque hay billete misterioso?

:. ¡Oh!.. ¡muy misterioso!

. La clave de inteligencia... los signos conenidos de un telégrafo amoroso, por medio el cual se entienden dos personas delante de oda la Corte sin que nadie sospeche su muda orrespondencia. Ah .. ah... ah... Me gusta la ea. (*rie tambien.*)

(*serio.*) Pues es muy reprensible. (*la Prinsa le mira, Carlota tose, y el baron rie.*) Tamen á mi me gusta. . es muy buena idea!

.. ¿Cuáles son los signos?

(*mirando á Carlota.*) Los signos son...

Un guante y un abanico puestos en moviiento.

(¿De dónde habrá sacado mi sobrina?..)

¿Nada mas?

Nada mas.

Por ejemplo .. (*abanicándose.*) »Con cuanta paciencia deseaba veros... Fulana.»

¿Y se dirige á otra?

Cabal... á Zutana... Y entonces dice él, *itando el guante como si echara bendiciones.*) ue hermoso dia hace... creo que hoy no llo-á.»

Para lo que vos decis, maldita la falta que e el telégrafo.. (*riendo.*) La ventaja de tan enioso medio es, asegurarse del secreto, s dificilmente revelará el guante, lo que nte el abanico. Carlota, seguid el hilo de intriga, y contadme lo que descubrais para nos divertamos.. Decid, baron, cómo has sabido?

Ah.. cómo, eh?.. cómo he sabido? Lo he sa) por...

Que distraido sois, tio!.. ¿No os han dicho era un papel encontrado en la galeria en omento en que el conde de Limberg vino eclamar el retrato?

El retrato de muger... cuyo vestido os paó azul... siendo de color de rosa?

ermita V. A...

Ah! ah! ah!

Preguntádselo á Limberg que ya tarda en r á anunciarme la partida del principe de burgo!

a dado V. A. un gran golpe con despedir-

Repito en su ausencia... lo que dije ayer nte de él sin conocerle. Es un necio, ridiestravagante... Ah! (*ve á Enrique que ha do á las últimas palabras.*)

iendo á Enrique.) Cielos! (¡Qué terquedad! *una seña al baron y Carlota, y se alejan por o.*)

ESCENA VIII.

ENRIQUE, AMELIA.

ENR. (Mi presencia parece sorprenderla.)

AME. No esperaba veros en mi córte... en este baile.

ENR. ¿Podia alejarme sin veros?

AME. Príncipe!

ENR. (Desde que estoy cierto de su amor... me siento conmovido.) Señora...

AME. (Despues de una tan formal despedida... estoy cortada.)

ENR. Bien sé que las leyes de la etiqueta exigian mi partida, y que debiera ya haber dejado á la diplomácia el cuidado de concluir mi novela.

AME. La novela está concluida.

ENR. Es decir, estamos en el último capitulo... y casi lo siento.

AME. ¿Casi?

ENR. Casi.

AME. Poco galante me pareceria la espresion... si no fuera porque ella me autoriza á deciros lo que siento.

ENR. Lo que siento yo, es perder el título de conde que me autorizaba á estar á vuestro lado, cuando para recobrar el de Príncipe debo separarme de vos!.. Ah!.. pero llevaré conmigo el recuerdo de tanta bondad y tanta gracia.

AME. Despues de la carta que os he mandado entregar?

ENR. La cual me ha hecho tan dichoso!.. pero mejor hubiera querido recibirla de vuestra propia mano... lo mismo que el retrato que ha de consolarme en la ausencia.

AME. Qué retrato? (*cada vez mas admirada.*)

EDU. El que me encargais guarde siempre.

AME. Ah!

EDU. (*sacando la carta que lee.*) Ya este corazon «os pertenecia, pues preferí el hombre modes«to y sencillo, á cuantos príncipes me rinden «sus homenages.»

AME. (*admirada.*) Gran Dios!

ENR. «Guardad siempre mi retrato.»

AME. (*levantándose fuera de si.*) El conde de Limberg, os ha entregado eso?

ENR. Sin duda alguna.

AME. (Ah! no me ama!)

ENR. Que turbacion...

AME. Príncipe... hay amigos pérfidos...

ENR. Como! Sus temores!.. sus palabras vagas... Ah, á él es á quien debo pedir la esplicacion.

AME. Id á verle, y si no se ha equivocado...

ENR. Infeliz de él, si ha creido jugar con mi dicha.

AME. Pensad príncipe...

ENR. Señora; ya no soy mas que el conde Enrique, hasta quedar vengado. (*vase.*)

ESCENA IX.

MATILDE, AMELIA, EDUARDO, *en seguida* BARON.

AME. (*sola.*) Será error... ó traicion! ¿Por qué le entregó esa carta al principe?.. ¿Por qué no ha venido él ésta noche? Apenas respiro... Eduardo... traidor... Oh, no... no, es imposible. Matilde, venid á disipar mis temores... Sabeis que sois la depositaria de toda mi confianza.

MAT. La contradanza que V. A. habia pedido...

AME. Dejadme de baile.. Y el conde de Limberg? Dónde se halla?.. (*viéndole llegar y sin atreverse á mirarle.*) Acercaos; os habeis hecho aguardar largo tiempo... Cuál ha sido la causa?

EDU. (*agitando el guante.*) Perdone V. A. He ido á dar las órdenes para la marcha.

AME. Qué marcha?

EDU. La partida de las jóvenes que V. A, envia al convento de Remiremont.

MAT. Con efecto... (*abanicándose.*) En la corte se corre un gran peligro... del cual quiere libertarlas V. A. (*Amelia no repara al pronto en el abanico ni guante.*)

AME. Sin duda, pero...

MAT. (*abanico.*) Conviene por lo tanto evitarle... retirándose del riesgo.

(Ahora es cuando Amelia fija la vista en Eduardo y nota el movimiento del guante así que aquel empieza á hablar.)

EDU. (*moviendo el guante.*) Para lo cual todo está ya dispuesto... Señora... (*á la princesa.*)

MAT. (*abanico*) Aunque temen que el viage sea imposible ó penoso... á causa de la tempestad que amenaza.

(La princesa mira ya alternativamente á uno y otra, y sigue los movimientos del guante y el abanico.)

EDU. (*guante.*) No hay que temer... el Cielo se va despejando.

AME. Ah.. si... se despeja. (*con voz ahogada; su rostro espresa lo que sufre su alma.*)

MAT: Esperan para la contradanza: señora. (*abanicándose.*) sufrirán con la dilacion los que con tal ansia os aguardan.

EDU. (*guante.*) Oh... no. . no sea yo la causa. (*dirigiéndose á la princesa.*) Me considero feliz en haber asegurado la tranquilidad de V. A. acerca de la suerte de esas jóvenes educandas.

MAT. (*abanicándose.*) Ojalá seamos tan felices como ellas... en el retiro.

EDU. (*guante.*) Retiro seguro... retiro de paz y ventura.

BAR. (*saliendo.*) Vengo á recibir las órdenes de V. A, para la contradanza.

EDU. Yo las espero para la partida. (*poniéndose el guante.*)

AME. Que sea al momento, marchad.

(Eduardo se dispone á irse, junto á la puerta vuelve la cabeza, se detiene un instante y se vá.)

MAT. (*empieza á abanicarse.*) El momento es favorable.

(En el mismo instante de salir Eduardo, que es cuando Matilde ha empezado á abanicarse, le arranca furiosa Amelia el abanico de la mano. Matilde da un grito.)

Ah!

BAR. Se va á bailar... y solo se espera que V. A... (*acercandose jovialmente.*)

AME. Señor baron, seguid á ese hombre... que no salga de palacio... si resiste... prendedle.

MAT. Señora...

BAR. (*estupefacto.*) Al señor conde de Limberg?

AME. Volad... Me respondereis de él con vuestra cabeza. (*vase el baron precipitadamente.*)

ESCENA X.

CARLOTA, MATILDE, AMELIA, *en seguida* BARON.

AME. Ya veis que lo sé todo... que sois unos traidores .. (*se abanica ella con todo el sarcasmo de una muger celosa.*) Abanicaos ahora para decirle «que le amais»... Que venga él ahora á responderos con el guante. «que os corresponde,» ¡Oh! sois unos infames. (*tira el abanico ó lo rompe.*) Ah... habeis destrozado ambos este corazo que era todo vuestro... Pero yo me vengar horriblemente de vuestra perfidia.

MAT. (*á sus pies.*) Perdon, Señora...

AME. Jamás. Hay traiciones que una muger n perdona nunca: yo os abrí mi corazon como s fuera á una hermana, y vos le habeis llenad de amargura... Ese amor era mi existencia. y con él me encerraré á morir en el claustr á donde voy á ocultar la verguenza de haber amado á ambos.

MAT. (*llorando.*) Gran Dios!

AME. Me queriais humillar ante ese hombre... es ingrato que todo me lo debe... ¿Y os mofa con él de mi cariño y de mi confianza? De es carta dictada con el corazon, y que él ha vend do á ese Príncipe tal vez su cómplice.

MAT. Oh... juro que no á V. A.

AME. Salid... Os echo de mi palacio y...

MAT. Ah... no me maldigais... el cielo es testi que veinte veces he tratado de arrojarme á l pies de V. A. y confesárselo todo... Pero era libre y temí vuestra cólera. Cuando lue supe que V. A. le amaba... Tambien yo tu celos .. y sin embargo le pedí que me olvidas

AME Dejadme.

MAT. Pero me amaba...

AME. Dejadme os digo. (*á una seña imperiosa la Princesa, se va por la izquierda. Carlota le por el foro.*) Carlota, corred á saber si e todo listo para marchar al convento... Matil

CAR. ¿Qué? La señorita Matilde acompañará á otras?

AME. (*al baron que sale por la derecha.*) ¿Qué h señor baron?

BAR. Quedan fielmente cumplidas las órdenes V. A. El conde de Limberg está arrestado.. el Príncipe, que ya no es, segun dice, que un caballero ultrajado, se queda hablan con él para pedirle satisfaccion de no sé q ultraje.

AME. Yo soy aqui la soberana. Nada de esplic ciones... Que el conde Enrique salga al i tante de mi corte.

(Aparece Eduardo por la derecha. La Princesa ape puede contener su indignacion.)

BAR. (*bajo á Carlota.*) Hay una revolucion en lacio. (*vase.*)

ESCENA XI.

AMELIA, EDUARDO.

EDU. Perdone V. A. si me atrevo...

AME. ¿Quién os ha l'amado? ¿Qué me querei

EDU. No vengo á quejarme de una desgracia, ya causa trato en vano de esplicarme... Mi bertad y mi vida pertenecen á la familia V. A.

AME. (*con voz ahogada.*) Eso es lo que hab olvidado.

EDU. (*sin oirla.*) Mas lo único que me aflije, las inmerecidas repulsas de V. A., y las a nazas del príncipe de Homburgo. Me acusa una ofensa... ¿Lo es haberle entregado la ta que V. A. me dictó para él?

AME. Para él?

Edu. Para él que tanto os ama... Para él, vuestro igual en poder y gerarquia.

Ame. No comprendisteis la carta?

Edu. No podia ser para otro: pues si cualquiera que no fuese tanto como V. A. se hubiese atrevido á reclamar el escrito confiado á mi lealtad, y este retrato que ya el principe no quiere admitir de mi mano, (*ella le toma.*) yo mismo le hubiera dicho: »mentis» delante de V. A. y de toda la corte, y habria vertido hasta la última gota de sangre para vengar vuestro honor ultrajado.

ie. Y... ¿quién os ha encargado que veleis por mí?..

u. V. A. misma, señora.

ie. Yo!

u. V. A. que me dijo al dejar el retiro para gobernarnos. »Señor de Limberg, cedo á vuestros ruegos... pero ofrecedme seguir siendo ni amigo, asi como lo fuísteis de mi tio, y no epararos jamás de mi lado, para guiarme como hermano, y ayudarme á conocer el mundo onde voy á entrar.» Ah!.. yo no lo he olvidao, señora, y si hubiera sospechado que la cara se dirigia á quien hubiese podido cegar la mbicion, arrojándome á los pies de mi soberana le hubiera dicho en voz muy baja. (*á mea voz y muy conmovido.*)En nombre de las virtus, señora, que os acompañaban al salir del austro, por las cuales os habeis hecho ador... En nombre de la felicidad de V. A. tan seada de todos... En nombre del imprudenmismo á quien condenais al desprecio y á envidia de la Corte toda... Ahogad en el ndo del corazon una debilidad... (*con emocion eserva.*)

Eduardo!

(*variando de tono*) Mas no, nada tengo que ir, puesto que la carta era para el princi.. y asi se lo he sostenido á él mismo.

(*sollozando.*) Ah! no me deis consejos, sime dais la fuerza para seguirlos. Dadme el or que el claustro no infundió en mi coracontra pasiones que mi pecho desconocia... veis lo desgraciada que soy?

eñora... (Ah, que tesoro de amor se enciern su alma!)

No se vengaria cualquier soberana?

No la mia... no la que me llamó su herno.

ESCENA XII.

a, Amelia, Matilde, Baron, *la corte en el foro.*

Ha ordenado V. A. mi partida?

(*con voz ahogada*) Una soberana no debe gar á quien la hace traicion?

Edu. (*bajo.*) La mia perdonará... estoy seguro....

Bar. (*saliendo por la derecha.*) Señora... ya estará satisfecha V. A. Le he mandado al principe con la mayor energia que salga inmediatamente de vuestra corte.

Car. (*adelantándose.*) Todo está dispuesto para volver á la abadia.

Ame. (*bajo á Eduardo.*) Partiré con mis antiguas compañeras.... No haria esto cualquier soberana?

Edu. La mia se quedará para la felicidad de un pueblo que la adora.

(Gran pausa, mira á Eduardo y á Matilde, y despues de espresar con la fisonomia cuanto pasa en su alma, dice con emocion.)

Ame. Matilde, escuchad mis órdenes. Hoy mismo volvereis al seno de vuestra familia, y el conde de Limberg irá á solicitar de ella vuestra mano. En seguida acompañareis á vuestro esposo, que va de embajador mio á Viena.

Edu. y Mat. (*inclinándose.*) Ah! señora...

Ame. Alzad... Acordaos alguna vez de vuestra amiga, y pensad lo que ha hecho por su deber y por sus súbditos.

Bar. (Embajador nada menos!)

Ame. Baron... acabais de cometer una nueva torpeza.

Bar. Una nueva. Eso es decir que ya antes...

Ame. Despues de haber ultrajado al Príncipe sin conocerle, acabais de intimarle una órden tan brusca de partida. Eso es muy mal hecho... Id á darle mil satisfacciones, y á entregarle este retrato de mi parte.

Bar. Es posible? Señora...

Ame. Obedeced. En cuanto á Carlota...

Car. (*muy gozosa.*) Si dispondrá mi boda?

Ame. (*sonriéndose.*) Regresará hoy al convento.

Car. Yo?

Ame. Con un mensage. Direis á mis compañeras que yo, siguiendo, como ofrecí, dócil los consejos de un amigo leal y desinteresado, me quedo en el puesto á que Dios me destina. (*á todos.*) Señores... mi eleccion de esposo ha recaido en el principe de Hombурgo... El y yo solo pensaremos incesantemente en hacer la felicidad de nuestro pueblo.

Edu. Viva la Princesa.

Todos. Viva.

FIN.

MADRID, 1846.

Imprenta de D. Vicente de Lalama,

Calle del Duque de Alba, n. 13.

ESCENA X.

Carlota, Matilde, Amelia, *en seguida* Baron.

Ame. Ya veis que lo sé todo... que sois unos traidores .. (*se abanica ella con todo el sarcasmo de una muger celosa.*) Abanicaos ahora para decirle «que le amais»... Que venga él ahora á res-

ya ca...
bertad y
V. A.

Ame. (*con voz ahoga...*) olvidado.

Edu. (*sin oirla.*) Mas lo único que las inmerecidas repulsas de V. A., y nazas del príncipe de Homburgo. Me acu... una ofensa... ¿Lo es haberle entregado la ta que V. A. me dictó para él?

Ame. Para él?